JOSÉ MARTÍ

OBRAS COMPLETAS

ORDENADAS Y PROLOGADAS

POR

ALBERTO GHIRALDO

VOLUMEN III

Patria

EDITORIAL ATLÁNTIDA

MENDIZÁBAL, 42

MADRID

EL PRESIDIO POLITICO EN CUBA

I

Dolor infinito debía ser el único nombre de estas páginas.

Dolor infinito, porque el dolor del presidio es el más crudo, el más devastador de los dolores, el que mata la inteligencia, y seca el alma, y deja en ella huellas que no se borrarán jamás.

Nace con un pedazo de hierro; arrastra consigo este mundo misterioso que agita cada corazón; crece nutrido de todas las penas sombrías, y rueda, al fin, aumentado con todas las lágrimas abrasadoras.

Dante no estuvo en presidio.

Si hubiera sentido desplomarse sobre su cerebro las bóvedas oscuras de aquel tormento de la vida,

hubiera desistido de pintar su Infierno. Las hubiera copiado, y lo hubiera pintado mejor.

Si existiera el Dios providente, y lo hubiera visto, con la una mano se habría cubierto el rostro, y con la otra habría hecho rodar al abismo aquella negación de Dios.

Dios existe, sin embargo, en la idea del bien, que vela el nacimiento de cada ser, y deja en el alma que se encarna en él una lágrima pura. El bien es Dios. La lágrima es la fuente de sentimiento eterno.

Dios existe, y yo vengo en su nombre a romper en las almas españolas el vaso frío que encierra en ellas la lágrima.

Dios existe, y si me hacéis alejar de aquí sin arrancar de vosotros la cobarde, la malaventurada indiferencia, dejadme que os desprecie, ya que yo no puedo odiar a nadie; dejadme que os compadezca en nombre de mi Dios.

Ni os odiaré, ni os maldeciré.

Si yo odiara a alguien, me odiaría por ello a mí mismo.

Si mi Dios maldijera, yo negaría por ello a mi Dios.

[1

¿Qué es aquello?

Nada.

Ser apaleado, ser pisoteado, ser arrastrado, ser abofeteado en la misma calle, junto a la misma casa, en la misma ventana donde un mes antes recibíamos la bendición de nuestra madre, ¿qué es?

Nada.

Pasar allí con el agua a la cintura, con el pico en la mano, con el grillo en los pies, las horas que días atrás pasábamos en el seno del hogar, porque el sol molestaba nuestra pupilas y el calor alteraba nuestra salud, ¿qué es?

Nada.

Volver ciego, cojo, magullado, herido, al son del palo y la blasfemia, del golpe y del escarnio, por las calles aquellas que meses antes me habían visto pasar sereno, tranquilo, con la hermana de mi amor en los brazos y la paz de la ventura en el corazón, ¿qué es esto?

Nada también.

¡Horrorosa, terrible, desgarradora nada!

Y vosotros los españoles la hicisteis.

Y vosotros la sancionásteis.

Y vosotros la aplaudisteis.

¡Oh, y qué espantoso debe ser el remordimiento de una nada criminal!

Los ojos atónitos lo ven; la razón escandalizada se espanta; pero la compasión se resiste a creer lo que habéis hecho, lo que hacéis aún.

O sois bárbaros, o no sabéis lo que hacéis.

Dejadme, dejadme pensar que no lo sabéis aún.

Dejadme, dejadme pensar que en esta tierra hay honra todavía, y que aun puede volver por ella esta España de acá tan injusta, tan indiferente, tan semejante ya a la España repelente y desbordada de más allá del mar.

Volved, volved por vuestra honra: arrancad los grillos a los ancianos, a los idiotas, a los niños; arrancad el palo al miserable apaleador; arrancad vuestra vergüenza al que se embriaga insensato en brazos de la venganza y se olvida de Dios y de vosotros; borrad, arrancad todo esto, y haréis olvidar algunos de sus días más amargos al que ni al golpe

del látigo, ni a la voz del insulto, ni al rumor de sus cadenas ha aprendido aún a odiar.

III

Unos hombres envueltos en túnicas negras llegaron por la noche y se reunieron en una esmeralda inmensa que flotaba en el mar.

¡Oro! ¡Oro! ¡Oro! dijeron a un tiempo, y arrojaron las túnicas, y se reconocieron y se estrecharon las manos huesosas, y movieron, saludándose, las cadavéricas cabezas.

—Oíd—dijo uno—. La desesperación arranca allá abajo las cañas de las haciendas; los huesos cubren la tierra en tanta cantidad, que no dan paso a la yerba naciente; los rayos del sol de las batallas brillan tanto, que a su luz se confunden la tez blanca y la negra; yo he visto desde lejos a la Ruina que adelanta terrible hacia nosotros; los demonios de la Ira tienen asida nuestra caja, y yo lucho, y vosotros lucháis, y la caja se mueve, y nuestros brazos se cansan, y nuestras fuerzas se extinguen, y la caja se irá. Allá lejos, muy lejos, hay brazos nuevos, hay fuerzas nuevas; allá hay la cuerda de la honra que suele vibrar; allá hay el nombre de la patria desmembrada que suele estremecer. Si vamos allá y la cuerda vibra y el nombre estremece, la caja se queda; de los blancos desesperados haremos siervos; sus cuerpos muertos serán abono de la tierra; sus cuerpos vivos la cavarán y la surcarán, y el Africa nos dará riqueza, y el oro llenará nuestras arcas. Allá hay brazos nuevos, allá hay fuerzas nuevas; vamos, vamos allá.

—Vamos, vamos—dijeron con cavernosa voz los hombres; y aquél cantó, y los demás cantaron con él.

* * *

"El pueblo es ignorante, y está dormido.

"El que llega primero a su puerta canta hermosos versos y lo enardece.

"Y el pueblo enardecido clama.

"Cantemos, pues.

"Nuestros brazos se cansan, nuestras fuerzas se extinguen. Allá hay brazos nuevos, allá hay fuerzas nuevas. Vamos, vamos allá."

* * *

Y los hombres confundieron sus cuerpos, se transformaron en vapor de sangre, cruzaron el espacio, se vistieron de honra, y llegaron al oído del pueblo que dormía, y cantaron.

Y la fibra noble del alma de los pueblos se contrajo enérgica, y a los acordes de la lira que bamboleaba entre la roja nube, el pueblo clamó y exhaló en la embriaguez de su clamor el grito de anatema.

El pueblo clamó inconsciente, y hasta los hombres que sueñan con la federación universal, como el átomo libre dentro de la molécula libre, con el respeto a la independencia ajena como base de la fuerza y de la independencia propias, anatematizaron la petición de los derechos que ellos piden, sancionaron la opresión de la independencia que ellos predican, y santificaron como representante de la paz y la moral, la guerra de exterminio y el olvido del corazón.

Se olvidaron de sí mismos, y olvidaron que, como el remordimiento es inexorable, la expiación de los pueblos es también una verdad.

Pidieron ayer, piden hoy, la libertad más amplia para ellos, y hoy mismo aplauden la guerra incondicional para sofocar la petición de libertad de los demás.

Hicieron mal.

España no puede ser libre mientras tenga en la frente manchas de sangre.

Se ha vestido allá de harapos, y los harapos se han mezclado con su carne, y consume los días extendiendo las manos para cubrirse con ellos.

Desnudadla, en nombre del honor.

Desnudadla, en nombre de la compasión y la justicia.

Arrancadla sus jirones, aunque la hagáis daño, si no queréis que la miseria de los vestidos llegue al corazón, y los gusanos se lo roan, y la muerte de la honra os venga detrás.

* * *

Un nombre sonoro, enérgico, vibró en vuestros oídos y grabó en vuestros cerebros: *¡Integridad nacional!* Y las bóvedas de la sala del pueblo resonaron unánimes: *¡Integridad! ¡Integridad!*

Hicisteis mal.

Cuando el conocimiento perfecto no divide las tesis; cuando la razón no separa; cuando el juicio no obra detenido y maduro, hacéis mal en ceder a un entusiasmo pasajero.

Cuando no os son conocidos los sacrificios de un pueblo; cuando no sabéis que las doncellas bayamesas aplicaron la primera tea a la casa que guardó el cuerpo helado de sus padres, en que sonrió su infancia, en que se engalanó su juventud, en que se produjo su hermosa naturaleza; cuando ignoráis que un país aducado en el placer y la postración trueca

de súbito los perfumes de la molicie por los miasmas fétidos del campamento, y los goces suavísimos de la familia por los azares de la guerra, y el calor del hogar por el frío del bosque y el cieno del pantano, y la vida cómoda y segura por la vida nómada y perseguida, y hambrienta y llagada, y enferma y desnuda; cuando todo esto ignoráis, hacéis mal en negárselo todo; hacéis mal en no hacerle justicia; hacéis mal en condenar tan absolutamente a un pueblo que quiere ser libre desde lo alto de una nación, que en la inconsciencia de sí misma halla aún noble decir que también quiere serlo.

Olvidáis que tuvo la garganta opresa y el pecho sujeto por manos de hierro; olvidáis que la garganta se enronqueció de pedir, y el pecho se cansó de gemir oprimido; olvidáis su misión; olvidáis su paciencia; olvidáis sus tentativas de sumisión nueva, ahogadas por el conde de Valmaseda en la sangre del parlamentario Augusto Arango.

Y cuando todo lo olvidáis, hacéis mal en divinizar las garras opresoras; hacéis mal en lanzar anatemas sobre aquello de que, o nada queréis saber, o nada en realidad sabéis.

Porque era preciso que nada supiésels para hacer lo que habéis hecho. Si supierais algo, y lo hubierais hecho, lo vería y lo palparía, y diría que era imposible que lo veía y lo palpaba.

Un nombre sonoro, enérgico, vibró en vuestros oídos y grabó en vuestros cerebros: *¡Integridad nacional!* Y las bóvedas de la sala del pueblo resonaron unánimes: *¡Integridad! ¡Integridad!*

¡Oh! No es tan bello ni tan heroico vuestro sueño; porque, sin duda, soñáis. Mirad, mirad hacia este cuadro que os voy a pintar; y si no temblái de espanto ante el mal que habéis hecho, y no maldecís horrorizados esta faz de la integridad nacional que

os presento, yo apartaré con vergüenza los ojos de esta España que no tiene corazón.

* * *

Yo no os pido que os apartéis de la senda de la patria; que seríais infames si os apartarais.

Yo no os pido que firméis la independencia de un país que necesitáis conservar y que os hiere perder; que sería torpe si os lo pidiera.

Yo no os pido para mi patria concesiones que no podéis darla, porque, o no las tenéis, o si las tenéis, os espantan; que sería necedad pediroslas.

Pero yo os pido, en nombre de ese honor de la patria que invocáis, que reparéis algunos de vuestros más lamentables errores, que en ello habría honra legítima y verdadera; yo os pido que seáis humanos, que seáis justos, que no seáis criminales sancionando un crimen constante, perpetuo, ebrio, acostumbrado a una cantidad de sangre diaria que no le basta ya.

Si no sabéis en su horrorosa anatomía aquella negación de todo pensamiento justo y todo noble sentimiento; si no veis las nubes rojas que se ciernen pesadamente sobre la tierra de Cuba, como avergonzándose de subir al espacio, porque presumen que allí está Dios; si no las veis mezcladas con les vapores del vértigo de un pueblo ávido de metal, que al tocar la ansiada mina que en sueños llenó de miel su vida, ve que se le escapa, y corre tras ella desalentado, loco, erizados los cabellos y extraviados los ojos, ¿por qué firmáis con vuestro asentimiento el exterminio de la raza que más os ha sufrido, que más se os ha humillado, que más os ha esperado, que más sumisa ha sido hasta que la desesperación o la desconfianza en las promesas ha hecho que sacuda

la cerviz? ¿Por qué sois tan injustos y tan crueles?

Yo no os pido ya razón imparcial para deliberar.

Yo os pido latidos de dolor para los que lloran; latidos de compasión para los que sufren por lo que quizá habéis sufrido vosotros ayer, por lo que quizá, si no sois aun los escogidos del Evangelio, habréis de sufrir mañana.

No en nombre de esta integridad de tierra que no cabe en un cerebro bien organizado; no en nombre de esa visión que se ha trocado en gigante; en nombre de la integridad de la honra verdadera, la integridad de los lazos de protección y de amor que nunca debísteis romper; en nombre del bien, supremo Dios; en nombre de la justicia, suprema verdad, yo os exijo compasión para los que sufren en presidio, alivio para su suerte inmerecida, escarnecida, ensangrentada, vilipendiada.

Si la aliviáis, sois justos.

Si no la aliviáis, sois infames.

Si la aliviáis, os respeto.

Si no la aliviáis, compadezco vuestro oprobio y vuestra desgarradora miseria.

IV

Vosotros, los que no habéis tenido un pensamiento de justicia en vuestro cerebro, ni una palabra de verdad en vuestra boca para la raza más dolorosamente sacrificada, más cruelmente triturada de la tierra; vosotros, los que habéis inmolado en el altar de las palabras seductoras los unos, y las habéis escuchado con placer los otros, los principios del bien

más sencillos, las nociones del sentimiento más comunes, gemid por vuestra honra, llorad ante el sacrificio, cubrios de polvo la frente, y partid con la rodilla desnuda a recoger los pedazos de vuestra fama, que ruedan esparcidos por el suelo.

¿Qué venís haciendo tantos años hace?

¿Qué habéis hecho?

Un tiempo hubo en que la luz del sol no se ocultaba para vuestras tierras. Y hoy apenas si un rayo las alumbra lejos de aquí, como si el mismo sol se avergonzara de alumbrar posesiones que son vuestras.

Méjico, Perú, Chile, Venezuela, Bolivia, Nueva Granada, las Antillas, todas vinieron vestidas de gala, y besaron vuestros pies, y alfombraron de oro el ancho surco que en el Atlántico dejaban vuestras naves. De todas quebrásteis la libertad; todas se unieron para colocar una esfera más, un mundo más en vuestra monárquica corona.

España recordaba a Roma.

César había vuelto al mundo, y se había repartido a pedazos en vuestros hombres con sus delirios de gloria y sus delirios de ambición.

Los siglos pasaron.

Las naciones subyugadas habían trazado a través del Atlántico del Norte camino de oro para vuestros bajeles. Y vuestros capitanes trazaron a través del Atlántico del Sur camino de sangre coagulada, en cuyos charcos pantanosos flotaban cabezas negras como el ébano, y se elevaban brazos amenazadores como el trueno que preludia la tormenta.

Y la tormenta estalló al fin; y así lentamente fué preparada; así, furiosa e inexorablemente, se desencadenó sobre vosotros.

Venezuela, Bolivia, Nueva Granada, Méjico, Perú, Chile, mordieron vuestra mano, que sujetaba, crispa-

da, las riendas de su libertad, y abrieron en ella hondas heridas; y, débiles y cansados y maltratados vuestros bríos, un ¡ay! se exhaló de vuestros labios, un golpe tras otro resonaron lúgubremente en el tajo, y la cabeza de la dominación española rodó por el continente americano, y atravesó sus llanuras, y holló sus montes, y cruzó sus ríos, y cayó al fin en el fondo de un abismo para no volverse a alzar en él jamás.

Las Antillas, las Antillas solas, Cuba sobre todo, se arrastraron a vuestros pies, y posaron sus labios en vuestras llagas, y lamieron vuestras manos, y, cariñosas y solícitas, fabricaron una cabeza nueva para vuestros maltratados hombros.

Y mientras ella reponía cuidadosa vuestras fuerzas, vosotros cruzabais vuestro brazo debajo de su brazo, y la llegabais al corazón, y se lo desgarrabais, y rompíais en él las arterias de la moral y de la ciencia.

Y cuando ella os pidió en premio a sus fatigas una mísera limosna, alargasteis la mano y le enseñasteis la masa informe de su triturado corazón, y os reísteis, y se lo arrojasteis a la cara.

Ella se tocó en el pecho y encontró otro corazón nuevo que latía vigorosamente, y, roja de vergüenza, acalló sus latidos y bajó la cabeza, y esperó.

Pero esta vez esperó en guardia, y la garra traidora sólo pudo hacer sangre en la férrea muñeca de la mano que cubría el corazón.

Y cuando volvió a extender las manos en la demanda de limosna nueva, alargasteis otra vez la masa de carne y sangre, otra vez reísteis, otra vez se la lanzasteis a la cara. Y ella sintió que la sangre subía a su garganta, y la ahogaba, y subía a su cerebro, y necesitaba brotar, y se concentraba en su pecho que hallaba robusto, y bullía en todo su cuer-

po al calor de la burla y del ultraje. Y brotó al fin. Brotó, porque vosotros mismos la impelisteis a que brotara, porque vuestra crueldad hizo necesario el rompimiento de sus venas, porque muchas veces la hablais despedazado el corazón, y no quería que se lo despedazarais una vez más.

Y si esto habéis querido, ¿qué os extraña?

Y si os parece cuestión de honra seguir escribiendo con páginas semejantes vuestra historia colonial, ¿por qué no dulcificáis siquiera con la justicia vuestro esfuerzo supremo para fijar eternamente en Cuba el jirón de vuestro manto conquistador?

Y si esto sabéis y conocéis, porque no podéis menos de conocerlo y de saberlo; y si esto comprendéis, ¿por qué en la comprensión no empezáis siquiera a practicar esos preceptos ineludibles de honra cuya elusión os hace sufrir tanto?

Cuando todo se olvida, cuando todo se pierde, cuando en el mar confuso de las miserias humanas el Dios del Tiempo revuelve algunas veces las olas y halla las vergüenzas de una nación, no encuentra nunca en ellas la compasión ni el sentimiento.

La honra puede ser mancillada.

La justicia puede ser vendida.

Todo puede ser desgarrado.

Pero la noción del bien flota sobre todo, y no naufraga jamás.

Salvadla en vuestra tierra, si no queréis que en la historia de este mundo la primera que naufrague sea la vuestra.

Salvadla, ya que aún podría ser nación aquella en que, perdidos todos los sentimientos, quedase al fin el sentimiento del dolor y el de la propia dignidad.

V

Tristes, sombríos, lastimeros recuerdos son éstos que al calor de mi idea constante me presta la memoria que el pesar me hizo perder.

Las que habéis amamantado a vuestros pechos al niño de rubios cabellos y dulcísimos ojos, llorad.

Las que habéis sentido posarse en vuestras frentes la mano augusta de la imagen de Dios en nuestra vida, llorad.

Los que habéis ido arrancando años del libro de los tiempos para cederlos a una imagen vuestra, llorad.

Jóvenes, ancianos, madres, hijos, venid y llorad.

Y si me oís, y no lloráis, la tierra os sea leva y el Señor Dios tenga piedad de vuestras almas.

Venid; llorad.

* * *

Y vosotros, los varones fuertes, los hombres de la legalidad y de la patria, la palabra encarnada del pueblo, la representación severa de la opinión y del país, gemid vuestra vergüenza, postraos de hinojos, lavad la mancha que oscurece vuestras frentes, y crece, y se extiende, y os cubrirá los rostros y os desgarrará y os envenenará los corazones.

Gemid, lavad, si no queréis que el oprobio sea vuestro recuerdo y la debilidad y el miedo y el escarnio vuestra triste y desconsoladora historia.

VI

Era el 5 de abril de 1870. Meses hacía que había yo cumplido diez y siete años.

Mi patria me había arrancado de los brazos de mi madre, y señalado un lugar en su banquete. Yo besé sus manos y las mojé con el llanto de mi orgullo, y ella partió, y me dejó abandonado a mí mismo.

Volvió el día 5 severa, rodeó con una cadena mi pie, me vistió con ropa extraña, cortó mis cabellos y me alargó en la mano un corazón. Yo toqué mi pecho y lo hallé lleno; toqué mi cerebro, y lo hallé firme; abrí mis ojos, y los sentí soberbios, y rechacé altivo aquella vida que me daban y que rebosaba en mí.

Mi patria me estrechó en sus brazos, y me besó en la frente, y partió de nuevo, señalándome con la una mano el espacio y con la otra las canteras.

Presidio, Dios: ideas para mí tan cercanas como el inmenso sufrimiento y el eterno bien. Sufrir es quizá gozar. Sufrir es morir para la torpe vida por nosotros creada, y nacer para la vida de lo bueno, única vida verdadera.

¡Cuánto, cuánto pensamiento extraño agitó mi cabeza! Nunca como entonces supe cuánto el alma es libre en las amargas horas de la esclavitud. Nunca como entonces, que gozaba en sufrir. Sufrir es más que gozar: es verdaderamente vivir.

Pero otros sufrían como yo, otros sufrían más que yo. Y yo no he venido aquí a cantar el poema íntimo de mis luchas y mis horas de Dios. Yo no soy aquí más que un grillo que no se rompe entre otros

mil que no se han roto tampoco. Yo no soy aquí más que una gota de sangre caliente en un montón de sangre coagulada. Si meses antes era mi vida un beso de mi madre, y mi gloria mis sueños de colegio; si era mi vida entonces el temor de no besarla nunca, y la angustia de haberlos perdido, ¿qué me importa? El desprecio con que acallo estas angustias vale más que todas mis glorias pasadas. El orgullo con que agito estas cadenas, valdrá más que todas mis glorias futuras; que el que sufre por su patria y vive para Dios, en éste u otros mundos tiene verdadera gloria. ¿A qué hablar de mí mismo, ahora que hablo de sufrimientos, si otros han sufrido más que yo? Cuando otros lloran sangre, ¿qué derecho tengo yo para llorar lágrimas?

Era aún el día 5 de abril.

Mis manos habían movido ya las bombas; mi padre había gemido ya junto a mi reja; mi madre y mis hermanas elevaban al cielo su oración empapada en lágrimas por mi vida; mi espíritu se sentía enérgico y potente; yo esperaba con afán la hora en que volverían aquellos que habían de ser mis compañeros en el más rudo de los trabajos.

Habían partido, me dijeron, mucho antes de salir el sol, y no habían llegado aún, mucho tiempo después de que el sol se había puesto. Si el sol tuviera conciencia, trocaría en cenizas sus rayos que alumbran al nacer la mancha de la sangre que se cuaja en los vestidos, y la espuma que brota de los labios, y la mano que alza con la rapidez de la furia el palo, y la espalda que gime al golpe como el junco al soplo del vendaval.

Los tristes de la cantera vinieron al fin. Vinieron, dobladas las cabezas, haraposos los vestidos, húmedos los ojos, pálido y demacrado el semblante. No caminaban: se arrastraban; no hablaban: ge-

mían. Parecía que no querían ver; lanzaban sólo sombrías cuanto tristes, débiles cuanto desconsoladoras miradas al azar. Dudé de ellos, dudé de mí. O yo soñaba, o ellos no vivían. Verdad eran, sin embargo, mi sueño y su vida; verdad que vinieron y caminaron apoyándose en las paredes, y miraron con desencajados ojos, y cayeron en sus puestos, como caían los cuerpos muertos del Dante. Verdad que vinieron; y entre ellos, más inclinado, más macilento, más agostado que todos, un hombre que no tenía un solo cabello negro en la cabeza, cadavérica la faz, escondido el pecho, cubiertos de cal los pies, coronada de nieve la frente.

—¿Qué tal, don Nicolás?—dijo uno más joven, que al verle le prestó su hombro.

—Pasando, hijo, pasando—y un movimiento imperceptible se dibujó en sus labios, y un rayo de paciencia iluminó su cara. Pasando, y se apoyó en el joven y se desprendió de sus hombros para caer en su porción de suelo.

¿Quién era aquel hombre?

Lenta agonía revelaba su rostro, y hablaba con bondad. Sangre coagulada manchaba sus ropas, y sonreía.

¿Quién era aquel hombre?

Aquel anciano de cabellos canos y ropas manchadas de sangre tenía setenta y seis años, había sido condenado a diez de presidio, y trabajaba, y se llamaba Nicolás del Castillo. ¡Oh, torpe memoria mía que quiere aquí recordar sus bárbaros dolores! ¡Oh, verdad tan terrible que no me deja mentir ni exagerar! Los colores del Infierno en la paleta de Caín no formarían un cuadro en que brillase tanto lujo de horror.

Más de un año iba pasado; sucesos nuevos han llenado mi imaginación; mi vida azarosa de hoy ha

debido hacerme olvidar mi vida penosa de ayer; recuerdos de otros días, familia, sed de verdadera vida, ansia de patria, todo bulle en mi cerebro, y roba mi memoria y enferma mi corazón. Pero entre mis dolores, el dolor de don Nicolás del Castillo será siempre perenne dolor.

Los hombres de corazón escriben en la primera página de la historia del sufrimiento humano: *Jesús*. Los hijos de Cuba deben escribir en las primeras páginas de su historia de dolores: *Castillo*.

Todas las grandes ideas tienen su gran Nazareno, y don Nicolás del Castillo ha sido nuestro Nazareno infortunado. Para él, como para Jesús, hubo un Caifás. Para él, como para Jesús, hubo un Longino. Desgraciadamente para España, ninguno ha tenido para él el triste valor de ser siquiera Pilatos.

¡Oh! Si España no rompe el hierro que lastima sus rugosos pies, España estará para mí ignominiosamente borrada del libro de la vida. La muerte es el único remedio a la vergüenza eterna. Despierte al fin y viva, que el sol de Pelayo está ya viejo y cansado, y no llegarán sus rayos a las generaciones venideras, si los de un sol nuevo de grandeza no le unen su esplendor. Despierte y viva una vez más. El león español se ha dormido con una garra sobre Cuba, y Cuba se ha convertido en tábano, y pica sus fauces, y pica su nariz, y se posa en su cabeza, y el león en vano la sacude, y ruge en vano. El insecto amarga las más dulces horas del rey de las fieras. El sorprenderá a Baltasar en el festín, y él será para el Gobierno descuidado el *Mane, Thecel, Phares* de las modernas profecías.

¿España se regenera? No puede regenerarse. Castillo está ahí.

¿España quiere ser libre? No puede ser libre. Castillo está ahí.

¿España quiere regocijarse? No puede regocijarse. Castillo está ahí.

Y si España se regocija, y se regenera, y ansia libertad, entre ella y sus deseos se levantará un gigante ensangrentado, magullado, que se llama don Nicolás del Castillo, que llena setenta y seis páginas del libro de los tiempos, que es la negación viva de todo noble principio y toda gran idea que quiera desarrollarse aquí. Quien es bastante cobarde o bastante malvado para ver con temor o con indiferencia aquella cabeza blanca, tiene roído el corazón y enferma de peste la vida.

Yo lo vi, yo lo vi venir aquella tarde; yo lo vi sonreír en medio de su pena; yo corrí hacia él. Nada en mí había perdido mi natural altivez. Nada aún había magullado mi sombrero negro. Y al verme erguido todavía, y al ver el sombrero que los criminales llaman allí *estampa de la muerte*, y bien lo llaman, me alargó su mano, volvió hacia mí los ojos en que las lágrimas eran perennes, y me dijo: *¡Pobre! ¡Pobre!*

Yo le miré con ese angustioso afán, con esa dolorosa simpatía que inspira una pena que no se puede remediar. Y él levantó su blusa, y me dijo entonces: ¡Mira!

La pluma escribe con sangre al escribir lo que yo vi; pero la verdad sangrienta es también verdad.

Vi una llaga que con escasos vacíos cubría casi todas las espaldas del anciano, que destilaban sangre en unas partes, y materia pútrida y verdinegra en otras. Y en los lugares menos llagados pude contar las señales recientísimas de treinta y tres ventosas.

¿Y España se regocija, y se regenera, y ansía libertad? No puede regocijarse, ni regenerarse, ni ser libre. Castillo está ahí.

Vi la llaga, y no pensé en mí, ni pense que quizá al día siguiente me harían otra igual. Pensé en tantas cosas a la vez; sentí un cariño tan acendrado hacia aquel campesino de mi patria; sentí una compasión tan profunda hacia sus flageladores; sentí tan honda lástima de verlos platicar con su conciencia, si esos hombres sin ventura la tienen, que aquel torrente de ideas angustiosas que por mí cruzaban se anudó en mi garganta, se condensó en mi frente, se agolpó a mis ojos. Ellos, fijos, inmóviles, espantados, eran mis únicas palabras. Me espantaba que hubiese manos sacrílegas que manchasen con sangre aquellas canas. Me espantaba de ver allí refundidos el odio, el servilismo, el rencor, la venganza; yo, para quien la venganza y el odio son dos fábulas que en horas malditas se esparcieron por la tierra. Odiar y vengarse cabe en un mercenario azotador de presidio; cabe en el jefe desventurado que le reprende con acritud si no azota con crueldad; pero no cabe en el alma joven de un presidiario cubano, más alto cuando se eleva sobre sus grillos, más erguido cuando se sostiene sobre la pureza de su conciencia y la rectitud indomable de sus principios, que todos aquellos míseros que, al par que las espaldas del cautivo, despedazan el honor y la dignidad de su nación.

Y hago mal en decir esto, porque los hombres son átomos demasiado pequeños para que quien en algo tiene las excelencias puramente espirituales de las vidas futuras, humille su criterio a las acciones particulares de un individuo solo. Mi cabeza, sin embargo, no quiere hoy dominar a mi corazón. El siente, él habla, él tiene todavía resabios de su humana naturaleza.

Tampoco odia Castillo. Tampoco una palabra de

rencor interrumpió la palabra inmóvil de mis ojos.

Al fin le dije:

—Pero ¿esto se lo han hecho aquí? ¿Por qué se lo han hecho a usted?

—Hijo mío, quizá no me creerías. Di a cualquiera otro que te diga por qué.

La fraternidad de la desgracia es la fraternidad más rápida. Mi sombrero negro estaba demasiado bien teñido, mis grillos eran demasiado fuertes para que no fuesen lazos muy estrechos que uniesen pronto a aquellas almas acongojadas a mi alma. Ellos me contaron la historia de los días anteriores de don Nicolás. Un vigilante de presidio me la contó así más tarde. Los presos peninsulares la cuentan también como ellos.

Días hacía que don Nicolás había llegado a presidio.

Días hacía que andaba a las cuatro y media de la mañana el trecho de más de una legua que separa las canteras del establecimiento penal, y volvía a andarlo a las seis de la tarde cuando el sol se había ocultado por completo, cuando había cumplido doce horas de trabajo diario.

Una tarde, don Nicolás picaba piedra con sus manos despedazadas, porque los palos del brigada no habían logrado que el infeliz caminase sobre dos extensas llagas que cubrían sus pies.

Detalle repugnante, detalle que yo también sufrí, sobre el que yo, sin embargo, caminé, sobre el que mi padre desconsolado lloró. Y ¡qué día tan amargo aquel en que logró verme, y yo procuraba ocultarle las grietas de mi cuerpo, y él colocarme unas almohadillas de mi madre para evitar el roce de los grillos, y vió, al fin, un día después de haberme visto paseando en los salones de la cárcel aquellas aberturas purulentas, aquellos miembros estrujados, aquella

mezcla de sangre y polvo, de materia y fango, sobre que me hacían apoyar el cuerpo, y correr, y correr! ¡Día amarguísimo aquél! Prendido a aquella masa informe, me miraba con espanto, envolvía a hurtadillas el vendaje, me volvía a mirar, y, al fin, estrechando febrilmente la pierna triturada, rompió a llorar. Sus lágrimas caían sobre mis llagas; yo luchaba por secar su llanto; sollozos desgarradores anudaban su voz, y en esto sonó la hora del trabajo, y un brazo rudo me arrancó de allí, y él quedó de rodillas en la tierra mojada con mi sangre, y a mí *me empujaba el palo hacia el montón* de cajones que nos esperaba ya para seis horas. ¡Día amarguísimo aquél! Y yo todavía no sé odiar.

Así también estaba don Nicolás.

Así, cuando llegó del establecimiento un vigilante y habló al brigada y el brigada le envió a cargar cajones, a caminar sobre las llagas abiertas, como alguien le preguntara adonde iba, —*a morir,* respondió el anciano.

Es la cantera extenso espacio de ciento y más varas de profundidad. Fórmanla elevados y numerosos montones, ya de piedras de distintas clases, ya de cocó, ya de cal, que hacíamos en los hornos, y a los cuales subíamos, con más cantidad de la que podía contener el ancho cajón, por cuestas y escaleras muy pendientes, que, unidas, hacían una alture de ciento noventa varas. Estrechos son los caminos que entre los montones quedan, y apenas si por sus recodos y encuentros puede a veces pasar un hombre cargado. Y allí, en aquellos recodos estrechísimos, donde las moles de piedra desienden frecuentemente con estrépito, donde el paso de un hombre suele ser difícil, allí arrojan a los que han caído en tierra desmayados, y allí sufren, ora la pisada del que huye del golpe inusitado de los cabos, ora la piedra que rue-

da del montón al menor choque, ora la tierra que cae del cajón en la fuga continua en que se hace allí el trabajo. Al pie de aquellas moles reciben el sol que sólo deja dos horas al día las canteras; allí, las lluvias, que tan frecuentes son en todas las épocas, y que esperábamos con ansia porque el agua refrescaba nuestros cuerpos, y porque si duraba más de media hora nos auguraba algún descanso bajo las escavaciones de las piedras; allí el palo suelto, que por costumbre deja caer el cabo de vara que persigue a los penados con el mismo afán con que esquiva la presencia del brigada, y allí, en fin, los golpes de éste, que de vez en cuando pasa para cerciorarse de la certeza del desmayo, y se convence a puntapiés. Esto y la carrera vertiginosa de cincuenta hombres, pálidos, demacrados, rápidos a pesar de su demacración, hostigados, agitados por los palos, aturdidos por los gritos; y el ruido de cincuenta cadenas, cruzando algunas de ellas tres veces el cuerpo del penado; y el continuo chasquido del palo en las carnes, y las blasfemias de los apaleadores, y el silencio terrible de los apaleados, y todo repetido incansablemente un día y otro día, y una hora y otra hora, y doce horas cada día: he ahí pálida y débil la pintura de las canteras. Ninguna pluma que se inspire en el bien puede pintar en todo su horror el frenesí del mal. Todo tiene su término en la monotonía. Hasta el crimen es monótono, que monótono se ha hecho ya el crimen del horrendo cementerio de San Lázaro.

—¡Andar! ¡Andar!

—¡Cargar! ¡Cargar!

Y a cada paso un quejido, y a cada quejido un palo, y a cada muestra de desaliento el brigada que persigue al triste y lo acosa, y él huye y tropieza, y el brigada lo pisa y lo arrastra, y los cabos se re-

unen, y como el martillo de los herreros suena uniforme en la fragua, las varas de los cabos dividen a compás las espaldas del desventurado. Y cuando la espuma mezclada con la sangre brota de los labios, y el pulso se extingue, y parece que la vida se va, dos presidiarios, el padre, el hermano o el hijo del flagelado quizá, lo cargan por los pies y la cabeza y lo arrojan al suelo, allá al pie de un alto montón.

Y cuando el fardo cae, el brigada le empuja con el pie y se alza sobre una piedra, y enarbola la vara, y dice tranquilo:

—Ya tienes por ahora; veremos esta tarde.

Este tormento, todo este tormento, sufrió aquella tarde don Nicolás. Durante una hora, el palo se levantaba y caía metódicamente sobre aquel cuerpo magullado que yacía sin conocimiento en el suelo. Y le maguilló el brigada, y azotó sus espaldas con la vaina de su sable e introdujo su extremo entre las costillas del anciano exánime. Y cuando su pie le hizo rodar por el polvo, y rodaba como cuerpo muerto, y la espuma sanguinolenta cubría su cara y se cuajaba en ella, el palo cesó, y don Nicolás fué arrojado a la falda de un montón de piedra.

Parece esto el refinamiento más bárbaro del odio, el esfuerzo más violento del crimen. Parece que hasta allí, y nada más que hasta allí, llegan la ira y el rencor humanos; pero esto podrá parecer cuando el presidio no es el presidio político de Cuba, el presidio que han sancionado los diputados de la nación.

Hay más, y mucho más, y más espantoso que esto.

Dos de sus compañeros cargaron, por orden del brigada, el cuerpo inmóvil de don Nicolás hasta el presidio, y allí se le llevó a la visita del médico.

Su espalda era una llaga. Sus canas a trechos son rojas, a trechos masa fangosa y negruzca. Se levantó ante el médico la ruda camisa; se le hizo notar

que su pulso no latía; se le enseñaron las heridas. Y aquel hombre extendió la mano y profirió una blasfemia, y dijo que aquello se curaba con *baños de cantera.* ¡Hombre desventurado y miserable; hombre que tenía en el alma todo el fango que don Nicolás tenía en el rostro y en el cuerpo!

Don Nicolás no había aún abierto los ojos, cuando la campana llamó al trabajo, en la madrugada del día siguiente, aquella hora congojosa en que la atmósfera se puebla de ayes y el ruido de los grillos es más lúgubre, y el grito del enfermo es más agudo, y el dolor de las carnes magulladas es más profundo, y el palo azota más fácil los hinchados miembros; aquella hora que no olvida jamás quien una vez y ciento sintió en ella el más rudo de los dolores del cuerpo, nunca tan rudo como altivo el orgullo que reflejaba su frente y rebosaba en su corazón. Sobre un pedazo mísero de lona embreada, igual a aquel en que tantas noches pasó sentada á mi cabecera la sombra de mi madre; sobre aquella dura lona yacía Castillo, sin vida los ojos, sin palabras la garganta, sin movimiento los brazos y las piernas.

Cuando se llega aquí, quizá se alegra el alma, porque presume que en aquel estado un hombre no trabaja, y que el octogenario descansaría al fin algunas horas; pero sólo puede alegrarse el alma que olvida que aquel presidio era el presidio de Cuba, la institución del Gobierno, el acto mil veces repetido del Gobierno que sancionaron aquí los representantes del país. Una orden impía se apoderó del cuerpo de don Nicolás: le echó primero en el suelo, le echó después en el carretón. Y allí, rodando de un lado para otro a cada salto, oyéndose el golpe seco de su cabeza sobre las tablas, asomando a cada bote del carro algún pedazo de su cuerpo por sobre los maderos de los lados, fué llevado por aquel camino

que el polvo hace tan sofocante, que la lluvia hace tan terroso, que las piedras hicieron tan horrible para el desventurado presidiario.

Golpeaba la cabeza en el carro. Asomaba el cuerpo a cada bote. Trituraban a un hombre. ¡Miserables! Olvidaban que en aquel hombre iba Dios.

Ese, ese es Dios; ese es el Dios que os tritura la conciencia, si la tenéis; que os abrasa el corazón, si no se ha fundido ya al fuego de vuestra infamia. El martirio por la patria es Dios mismo, como el bien, como las ideas de espontánea generosidad universales. Apaleadle, heridle, magulladle. Sois demasiado viles para que os devuelva golpe por golpe y herida por herida. Yo siento en mí a este Dios, yo tengo en mí a este Dios; este Dios en mí os tiene lástima, más lástima que horror y que desprecio.

El comandante del presidio había visto llegar la tarde antes a Castillo.

El comandante del presidio había mandado que saliese por la mañana. Mi Dios tiene lástima de ese comandante. Ese comandante se llama Mariano Gil de Palacio.

Aquel viaje criminal cesó al fin. Don Nicolás fué arrojado al suelo. Y porque sus pies se negaban a sostenerle; porque sus ojos no se abrían, el brigada golpeó su exánime cuerpo. A los pocos golpes, aquella excelsa figura se incorporó sobre sus rodillas como para lanzarse; pero abrió los brazos hacia atrás, exhaló un gemido ahogado, y volvió a caer rodando por el suelo.

Eran las cinco y media.

Se le echó al pie de un montón. Llegó el sol: calcinó con su fuego las piedras. Llegó la lluvia: penetró con el agua las capas de la tierra. Llegaron las seis de la tarde. Entonces, dos hombres fueron al montón a buscar el cuerpo que, calcinado por el sol

y penetrado por la lluvia, yacía allí desde las horas primeras de la mañana.

¿Verdad que esto es demasiado horrible? ¿Verdad que esto no ha de ser más así?

El ministro de Ultramar es español. Esto es allá el presidio español. El ministro de Ultramar dirá cómo ha de ser de hoy más, porque yo no supongo al Gobierno tan infame que sepa esto y lo deje como lo sabe.

Y esto fué un día y otro día, y muchos días. Apenas si el esfuerzo de sus compatriotas había podido lograrle a hurtadillas, que lograrla estaba prohibido, un poco de agua con azúcar por único alimento. Apenas si se veía su espalda, cubierta casi toda por la llaga. Y, sin embargo, días había en que aquella hostigación vertiginosa le hacía trabajar algunas horas. Vivía y trabajaba. Dios vivía y trabajaba entonces en él.

Pero alguien habló al fin de esto; a alguien horrorizó a quien se debía complacer, quizá a su misma bárbara conciencia. Se mandó a don Nicolás que no saliese al trabajo en algunos días; que se le pusiesen ventosas. Y le pusieron treinta y tres. Y pasó algún tiempo tendido en su lona. Y se baldeó una vez sobre él. Y se barrió sobre su cuerpo.

* * *

Don Nicolás vive todavía. Vive en presidio. Vivía al menos siete meses hace, cuando fuí a ver aquella que fué morada mía. Vivía trabajando. Y antes de estrechar su mano la última madrugada que lo vi, nuevo castigo inusitado, nuevo refinamiento de crueldad hizo su víctima a don Nicolás. ¿Por qué esto ahora? ¿Por qué aquello antes?

Cuando yo lo preguntaba, peninsulares y cubanos me replicaban:

—Los voluntarios decían que don Nicolás era brigadier de la insurrección, y el comandante quería complacer a los voluntarios.

Los voluntarios son la integridad nacional.

El presidio es una institución del Gobierno.

El comandante es Mariano Gil de Palacio.

Çantad, cantad, diputados de la nación.

Ahí tenéis la integridad; ahí tenéis el Gobierno que habéis aprobado, que habéis sancionado, que habéis unánimemente aplaudido.

Aplaudid; cantad.

¿No es verdad que vuestra honra os manda cantar y aplaudir?

VII

—¡Martí! ¡Martí!—me dijo una mañana un pobre amigo mío, amigo allí porque era presidiario político, y era bueno, y como yo, por extraña circunstancia, había recibido orden de no salir al trabajo y quedar en el taller de cigarrería—, mira aquel niño que pasa por allí.

Era verdad. Era un niño. Su estatura apenas pasaba del codo de un hombre regular. Sus ojos miraban, entre espantados y curiosos, aquella ropa rudísima con que le habían vestido, aquellos hierros extraños que habían ceñido a sus pies.

Miré. ¡Tristes ojos míos que tanta tristeza vieron!

Mi alma volaba hacia su alma. Mis ojos estaban fijos en sus ojos. Mi vida hubiera dado por la suya. Y mi brazo estaba sujeto al tablero del taller; y su

brazo movía, atemorizado por el palo, la bomba de los tanques.

Hasta allí, yo lo había comprendido todo, yo me lo había explicado todo, yo había llegado a explicarme el absurdo de mí mismo; pero ante aquel rostro inocente y aquella figura delicada y aquellos ojos serenísimos y puros, la razón se me extraviaba, yo no encontraba mi razón, y era que se me había ido despavorida a llorar a los pies de Dios. ¡Pobre razón mía! ¡Y cuántas veces la han hecho llorar así por los demás!

Las horas pasaban; la fatiga se pintaba en aquel rostro; los pequeños brazos se movían pesadamente; la rosa suave de las mejillas desaparecía; la vida de los ojos se escapaba; la fuerza de los miembros debilísimos huía. Y mi pobre corazón lloraba.

La hora de cesar en la tarea llegó al fin. El niño subió jadeante las escaleras. Así llegó a su galera. Así se arrojó en el suelo, único asiento que nos era dado, único descanso para nuestras fatigas: nuestra silla, nuestra mesa, nuestra cama, el paño mojado con nuestras lágrimas, el lienzo empapado en nuestra sangre, refugio ansiado, asilo único de nuestras carnes magulladas y rotas y de nuestros miembros hinchados y doloridos.

Pronto llegué hasta él. Si yo fuera capaz de maldecir y odiar, yo hubiera odiado y maldecido entonces. Yo también me senté en el suelo; apoyé su cabeza en su miserable *chaquetón* (1), y esperé a que mi agitación me dejase hablar.

—¿Cuántos años tienes?—le dije.

—Doce, *señor*.

—Doce, ¿y te han traído aquí? Y ¿cómo te llamas?

---

(1) Capote corto y con mangas de tela muy inferior.

—Lino Figueredo.

—Y ¿qué hiciste?

—Yo no sé, *señor*. Yo estaba con *taitica* (1) y *mamita*, y vino la tropa y se llevó a *taitica*, y volvió y me trajo a mí.

—¿Y tu madre?

—Se la llevaron.

—¿Y tu padre?

—También, y no sé de él, *señor*. ¿Qué habré hecho yo para que me traigan aquí y no me dejen estar con *taitica* y *mamita*?

Si la indignación, si el dolor, si la pena angustiosa pudiesen hablar, yo hubiera hablado al niño sin ventura. Pero algo extraño—y todo hombre honrado sabe lo que era—sublevaba en mí la resignación y la tristeza y atizaba el fuego de la venganza y de la ira; algo extraño ponía sobre mi corazón su mano de hierro y secaba en mis párpados las lágrimas y helaba las palabras en mis labios.

¡Doce años! ¡Doce años!—zumbaba constantemente en mis oídos—. Y su madre y mi madre, y su debilidad y mi impotencia se amontonaban en mi pecho, y rugían y andaban desbordados por mi cabeza, y ahogaban mi corazón.

Doce años tenía Lino Figueredo, y el Gobierno español lo condenaba a diez años de presidio.

Doce años tenía Lino Figueredo, y el Gobierno español lo cargaba de grillos y lo lanzaba entre los criminales, y lo exponía, quizá como trofeo, en las calles.

¡Oh! ¡Doce años!

No hay término medio: qué vergüenza. No hay

---

(1) Nombre que dan los campesinos de Cuba a sus padres.

contemplación posible: qué mancha. El Gobierno olvidó su honra cuando sentenció a un niño de doce años a presidio; la olvidó más cuando fué cruel, inexorable, inicuo con él. Y el Gobierno ha de volver, y volver pronto, por esa honra suya, esta como tantas otras veces mancillada y humillada.

Y habrá de volver pronto, espantado de su obra, cuando oiga toda la serie de sucesos que yo nombro, porque me avergüenza la miseria ajena.

Lino Figueredo había sido condenado a presidio. Esto no bastaba.

Lino Figueredo había llegado ya allí; era presidiario ya; gemía uncido a sus pies el hierro; lucía el sombrero negro y el hábito fatal. Esto no bastaba todavía.

Era preciso que el niño de doce años fuera precipitado en las canteras, fuese azotado, fuese apaleado en ellas. Y lo fué. Las piedras rasgaron sus manos; el palo rasgó sus espaldas; la cal viva rasgó y llagó sus pies.

Y esto fué un día. Y lo apalearon.

Y otro día. Y lo apalearon también.

Y muchos días.

Y el palo rompía las carnes de un niño de doce años en el presidio de la Habana, y la integridad nacional hacía vibrar aquí una cuerda mágica que siempre suena enérgica y poderosa.

La integridad nacional deshonra, azota, asesina allá.

Y conmueve, y engrandece, y entusiasma aquí.

¡Conmueva, engrandezca, entusiasme aquí la integridad nacional que azota, que deshonra, que asesina allá!

Los representantes del país no sabían la historia de don Nicolás del Castillo y Lino Figueredo cuando sancionaron los actos del Gobierno, embriagados por

el aroma del acomodaticio patriotismo. No la sabían, porque el país habla en ellos; y si el país la sabía y hablaba así, este país no tiene dignidad ni corazón.

* * *

Y hay aquello, y mucho más.

Las canteras son para Lino Figueredo la parte más llevadera de su vida mártir. Hay más.

Una mañana, el cuello de Lino no pudo sustentar su cabeza; sus rodillas flaqueaban; sus brazos caían sin fuerzas de sus hombros; un mal extraño vencía en él al espíritu desconocido que le había impedido morir, que había impedido morir a don Nicolás y a tantos otros, y a mí. Verdinegra sombra rodeaba sus ojos; rojas manchas apuntaban en su cuerpo; su voz se exhalaba como un gemido; sus ojos miraban como una queja. Y en aquella agonía, y en aquella lucha del enfermo en presidio, que es la más terrible de todas las luchas, el niño se acercó al brigada de su cuadrilla y le dijo:

—Señor, yo estoy malo; no me puedo mentar; tengo el cuerpo lleno de manchas.

—¡Anda, anda!—dijo con brusca voz el brigada—. ¡Anda!—Y un golpe del palo respondió a la queja. —¡Anda!

Y Lino, apoyándose sin que lo vieran—que si lo hubieran visto, su historia tendría una hoja sangrienta más—en el hombro de alguno no tan débil aquel día como él, anduvo. Muchas cosas andan. Todo anda. La eterna justicia, insondable cuanto eterna, anda también, y ¡algún día parará!

Lino anduvo. Lino trabajó. Pero las manchas cubrieron al fin su cuerpo, la sombra empañó sus ojos, las rodillas se doblaron. Lino cayó, y la viruela se

asomó a sus pies y extendió sobre él su garra, y le envolvió rápida y avarienta en su horroroso manto. ¡Pobre Lino!

Sólo así, sólo por el miedo egoísta del contagio, fué Lino al hospital. El presidio es un infierno real en la vida. El hospital del presidio es otro infierno, más real aún, en el vestíbulo de los mundos extraños. Y para cambiar de infierno, el presidio político de Cuba exige que nos cubra la sombra de la muerte.

* * *

Lo recuerdo, y lo recuerdo con horror. Cuando el cólera recogía su haz de víctimas allí, no se envió el cadáver de un desventurado chino al hospital hasta que un paisano suyo no le picó una vena y brotó una gota, una gota de sangre negra, coagulada. Entonces, sólo entonces, se declaró que el triste estaba enfermo. ¡Entonces! Y minutos después el triste moría.

Mis manos han frotado sus rígidos miembros. Con mi aliento los he querido revivir. De mis brazos han salido sin conocimiento, sin vista, sin voz, pobres coléricos; que sólo así se juzgaba que lo eran.

Bello, bello es el sueño de la Integridad Nacional. ¿No es verdad que es muy bello, señores diputados?

* * *

—¡Martí! ¡Martí!—volvió a decirme pocos días después mi amigo—, aquel que viene allí ¿no es Lino? Mira, mira bien.

Miré, miré. ¡Era Lino! Lino que venía apoyado en otro enfermo, caída la cabeza, convertida en negra llaga la cara, en negras llagas las manos y los pies;

Lino, que venía, extraviados los ojos, hundido el pecho, inclinando el cuerpo, ora hacia adelante, ora hacia atrás, rodando al suelo si lo dejaban solo, caminando arrastrado si se apoyaba en otro; Lino, que venía con la erupción desarrollada en toda su plenitud, con la viruela mostrada en toda su deformidad, viva, supurante, purulenta. Lino, en fin, que venía sacudido a cada movimiento por un ataque de vómito que parecía el esfuerzo postrimero de su vida.

Así venía Lino, y el médico del hospital acababa de certificar que Lino estaba sano. Sus pies no lo sostenían; su cabeza se doblaba; la erupción se mostraba en toda su deformidad: todos lo palpaban, todos lo veían. Y el médico certificaba que venía sano Lino. Este médico tenía la viruela en el alma.

Así pasó el triste la más horrible de las tardes. Así lo vió el médico del establecimiento, y así volvió al hospital.

* * *

Días después, un cuerpo pequeño, pálido, macilento, subía, ahogándose, las escaleras del presidio. Sus miradas vagaban sin objeto; sus manecitas demacradas apenas podían apoyarse en la baranda; la faja que sujetaba los grillos resbalaba sin cesar de su cintura; penosísima y trabajosamente subía cada escalón.

—¡Ay!—decía cuando fijaba al fin los dos pies—. ¡Ay, *Taitica* de mi vida!

Y rompía a llorar.

Concluyó al fin de subir. Subí yo tras él y me senté a su lado, y estreché sus manos y le arreglé su mísero *petate* (1), y volví más de una vez mi cabeza

(1) Ajuar del presidiario. Dos varas de lona embreada, y a veces un chaquetón.

para que no viera que mis lágrimas corrían como las suyas.

¡Pobre Lino!

No era el niño robusto, la figura inocente y gentil que un mes antes sacudía con extrañeza los hierros que habían unido a sus pies. No era aquella rosa de los campos que algunos conocieron risueña como mayo, fresca como abril. Era la agonía perenne de la vida. Era la amenaza latente de la condenación de muchas almas. Era el esqueleto enjuto que arroja la boa constrictora después que ha hinchado y satisfecho sus venas con su sangre.

Y Lino trabajó así. Lino fué castigado al día siguiente así. Lino salió en las cuadrillas de la calle así. El espíritu desconocido que inmortaliza el recuerdo de las grandes innatas ideas y vigoriza ciertas almas quizá predestinadas, vigorizó las fuerzas de Lino y dió robustez y vida nueva a su sangre.

* * *

Cuando salí de aquel cementerio de sombras vivas, Lino estaba allí aún. Cuando me enviaron a estas tierras, Lino estaba allí aún. Después, la losa del inmenso cadáver se ha cerrado para mí. Pero Lino vive en mi recuerdo, y me estrecha la mano, y me abraza cariñosamente, y vuela a mi alrededor, y su imagen no se aparta un instante de mi memoria.

* * *

Cuando los pueblos van errados; cuando, o cobardes o indiferentes, cometen o disculpan extravíos, si el último vestigio de energía desaparece, si la última, o quizá la primera, expresión de la voluntad guarda torpe silencio, los pueblos lloran mucho, los

pueblos expían su falta, los pueblos parecen escarnecidos y humillados y despedazados, como ellos escarnecieron y despedazaron y humillaron a su vez.

La idea no cobija nunca la embriaguez de la sangre.

La idea no disculpa nunca el crimen y el refinamiento bárbaro en el crimen.

España habla de su honra.

Lino Figueredo está allí, allí. Y entre los sueños de mi fantasía veo aquí a los diputados danzar ebrios de entusiasmo, vendados los ojos, con vertiginoso movimiento, con incansable carrera, alumbrados como Nerón por los cuerpos humanos que atados a los pilares ardían como antorchas. Entre aquel resplandor siniestro, un fantasma rojo lanza una estridente carcajada. Y lleva escrito en la frente *Integridad Nacional;* los diputados danzan. Danzan, y sobre ellos una mano extiende la ropa manchada de sangre de don Nicolás del Castillo, y otra mano enseña la cara llagada de Lino Figueredo.

Dancen ahora, dancen.

VIII

Si los dolores verdaderamente agudos pueden ser templados por algún goce, sólo puede templarlos el goce de acallar el grito de dolor de los demás. Y si algo los exacerba y los hace terribles, es seguramente la convicción de nuestra impotencia para calmar los dolores ajenos.

Esta angustia, que no todos comprenden, con la que tanto sufre quien la llegue a comprender, llenó muchas veces mi alma, la llenaba perennemente en

aquel intervalo sombrío de la vida que se llama presidio de Cuba.

Yo suelo olvidar mi mal cuando curo el mal de los demás. Yo suelo no acordarme de mi daño más que cuando los demás pueden sufrirlo por mí. Y cuando yo sufro y no mitiga mi dolor el placer de mitigar el sufrimiento ajeno, me parece que en mundos anteriores he cometido una gran falta que en mi peregrinación desconocida por el espacio me ha tocado venir a purgar aquí. Y sufro más pensando que, así como es honda mi pena, será amargo y desgarrador el remordimiento de los que la causan a alguien.

Aflige verdaderamente pensar en los tormentos que roen las almas malas. Da profunda tristeza su ceguedad. Pero nunca es tanta como la ira que despierta la inquietud en el crimen, la iniquidad sistemática, fría, meditada; tan constantemente ejecutada como rápidamente concebida.

Castillo, Lino Figueredo, Delgado, Juán de Dios Socarrás, Ramón Rodríguez Alvarez, el negrito Tomás y tantos otros, son lágrimas negras que se han filtrado en mi corazón.

¡Pobre negro Juan de Dios! Reía cuando le pusieron la cadena. Reía cuando le pusieron a la bomba. Reía cuando marchaba a las canteras. Solamente no reía cuando el palo rasgaba aquellas espaldas en que la luz del sol había dibujado más de un siglo. El idiotismo había sucedido en él a la razón; su inteligencia se había convertido en instinto; el sentimiento vivía únicamente entero en él. Sus ojos conservaban la fiel imagen de las tierras y las cosas; pero su memoria unía sin concierto los últimos con los primeros años de su vida. En las largas y extrañas relaciones que me hacía, y que tanto me gustaba escuchar, resaltaba siempre su respeto ilimitado al señor y la confianza y gratitud de los amos por su

cariño y lealtad. En el espacio de una vara señalaba perfectamente con el dedo los límites de las más importantes haciendas de Puerto Príncipe; pero en diez palabras confundía al biznieto con el bisabuelo, y a los padres con los hijos, y a las familias de más remoto y separado origen.

Aquello que más le hería, que más dolor le causaba, hallaba en él por respuesta esa risa bondadosa, franca, llena, peculiar del negro de nación. Los golpes sólo despertaban la antigua vida en él. Cuando vibraba el palo en sus carnes, la eterna sonrisa desaparecía de sus labios, el rayo de la ira africana brillaba rápida y fieramente en sus ojos apagados, y su mano ancha y nerviosa comprimía con agitación febril el instrumento del trabajo.

El Gobierno español ha condenado en Cuba a un idiota.

El Gobierno español ha condenado en Cuba a un hombre negro de más de cien años. Lo ha condenado a presidio. Lo ha azotado en presidio. Lo ve impávido trabajar en presidio.

El Gobierno español, o la integridad nacional, y esto es más exacto; que, aunque tanto se empeñan en fundir en una estas dos existencias, España tiene todavía para mí la honra de tenerlos separados.

* * *

Canten también, aplaudan también los sancionadores entusiastas de la conducta del Gobierno en Cuba.

IX

Y con Juan de Dios, ¡pobre negrito Tomás!

¡Ah! Su recuerdo indigna demasiado para que me deje hablar mucho de él. Trabajo me cuesta, sin embargo, contener mi pluma, que corre demasiado rápida, al oír su nombre.

Tiene once años, y es negro, y es bozal.

¡Once años, y está en presidio!

¡Once años, y es sentenciado político!

¡Bozal, y un Consejo de guerra lo ha sentenciado!

¡Bozal, y el capitán general ha firmado su sentencia!

¡Miserables, miserables! Ni aun tienen la vergüenza necesaria para ocultar el más bárbaro de los crímenes.

* * *

Canten, canten, loen, aplaudan los diputados de la nación.

X

Ramón Rodríguez Alvarez llora también con tantos infelices.

Ramón Rodríguez Alvarez, que fué sentenciado a los catorce años de su vida.

Ramón Rodríguez Alvarez, que arrastra la cadena del condenado político a diez años de presidio.

El iba a la cantera a la par que Lino Figueredo. Cuando él llegó, Lino estaba allí hacía más de una semana. Y en aquel infierno de piedras y gemidos, Lino le aligeraba a hurtadillas de su carga y se la echaba a su cajón, porque Ramón se desmayaba bajo tanto peso. Lino, cargado y expirando, le prestaba su hombro llagado para que se apoyara al subir la terrible cuesta. Lino le llenaba a veces apresuradamente de piedra su cajón para que no tardara demasiado y el palo bárbaro cayera sobre él. Y una vez que Ramón se desmayó y Lino cogió en la mano un poco de agua, y con su carga en la cabeza dobló una rodilla, y la dejó caer en la boca y en el pecho de su amigo Ramón, el brigada pasó, el brigada lo vió, y se lanzó sobre ellos y, ciego de ira, su palo cayó rápido sobre los niños e hizo brotar la sangre del cuerpo desmayado y el cuerpo erguido aún, y pocos instantes pasaron sin que el cajón rodase de la cabeza de Lino y sns brazos se abriesen hacia atrás y cayese exánime al lado de su triste compañero.

Ramón tenía catorce años.

Lino tenía doce.

Sobre ellos, un hombre blandía con ira extraña su palo; una nación lloraba en los aires la ignominia con que sus hijos manchaban su frente.

Aplaudan siempre, canten siempre los diputados de la nación.

¿No es verdad, repito, que importa a vuestra honra cantar y aplaudir?

XI

Y allá, en las canteras, aparece como tristísimo recuerdo el conato de suicidio de Delgado.

Era joven, tenía veinte años. Era aquel su primer día de trabajo. Y en aquel día en que el comandante había mandado suspender el castigo, en aquel solemne día—para él y la integridad nacional, amiga aún—, a la media hora de trabajo, Delgado, que lo había comenzado, erguido, altanero, robusto, se detuvo en un instante de descuido de los cabos en la más alta de las cima a que había llevado piedra, lanzó su sombrero al aire, dijo adiós con la mano a los que de la cárcel de Guanabacoa habían venido con él, y se arrojó al espacio desde una altura de ochenta varas.

Cayó, y cayó, por fortuna, sobre un montón de piedra blanda. La piel que cubría su cráneo cayó en tres pedazos sobre su cara. Y un presidiario, que se decía médico, se ofreció al atónito brigada para socorrerle; le vació en la cabeza botellas de alcohol; acomodó con desgarrador descuido la piel sobre el cráneo; la sujetó con vendas de una blusa despedazada, llena de manchas de cieno; llena de tierra mojada y cuajada allí, las amarró fuertemente, y en un coche—¡milagros de bondad!—fué llevado al hospital del presidio.

Aquel día era el santo del general Caballero de Rodas.

¡Presagio extraño! Aquel día se inauguraba con sangre.

Nada se dijo de aquello. Nada se supo fuera de

allí. Con rudas penas fueron amenazados todos los que podían dejarlo saber. No se apartaron de su cama los médicos, ni el sacerdote, ni los ayudantes militares. ¿Por qué aquel cuidado? ¿Por qué aquel temor? ¿Sería quizá aquello el grito primero de una enfangada conciencia? No. Aquello era el miedo al escarnio y a la execración universales.

Los médicos lucharon con silencioso ardor; los médicos vencieron al fin. Se empezó a llenar la forma con una acusación de suicidio. La sumaria acabó a las primeras declaraciones. Todo quedó en tinieblas; todo oscuro.

Delgado trabajaba a mi salida con la cabeza siempre baja, y el color de la muerte próxima en el rostro. Y cuando se quita el sombrero, tres anchas fajas blancas atraviesan en todas direcciones su cabeza.

Agítense de entusiasmo en los bancos, aplaudan, canten los representantes de la patria.

Importa a su honra, importa a su fama cantar y aplaudir.

XII

¡Y tantos han muerto!

¡Y tantos hijos van en las sombras de la noche a llorar en las canteras sobre la piedra bajo la que presumen que descansa el espíritu de sus padres!

¡Y tantas madres han perdido la razón!

¡Madre, madre! ¡Y cómo te siento vivir en mi alma! ¡Cómo me inspira tu recuerdo! ¡Cómo quema mis mejillas la lágrima amarguísima de tu memoria!

¡Madre! ¡Madre! ¡Tantas lloran como tú lloraste!

¡Tantas pierden el brillo de sus ojos como tú lo perdiste!

¡Madre! ¡Madre!

* * *

En tanto, aplauden los diputados de la nación.

* * *

¡Mirad! ¡Mirad!

Ante mí desfilan en desgarradora y silenciosa procesión espectros que parecen vivos, y vivos que parecen espectros.

¡Mirad! ¡Mirad!

Aquí va el cólera contento, satisfecho, alegre, riendo con horrible risa. Ha trocado su guadaña por el látigo del presidio. Lleva sobre los hombros un montón de cadenas. De vez en cuando, de aquel grupo informe que hace un ruido infernal, destila una gota de sangre. ¡Siempre sangre! El cólera cargaba esta vez su espalda en el presidio político de Cuba.

* * *

¡Mirad! ¡Mirad!

Aquí viene una cabeza vestida de nieve. Se dobla sobre su cuello, que gime porque no la puede sostener. Materia purulenta atraviesa su ropaje miserable. Gruesa cadena ruge con sordo son a su pie. Y, sin embargo, sonríe. ¡Siempre la sonrisa! Verdad que el martirio es algo de Dios. ¡Y cuán desventurados son los pueblos cuando matan a Dios!

* * *

¡Mirad! ¡Mirad!

Aquí viene la viruela asquerosa, inmunda, lágrima encarnada del infierno, que ríe con risa espantosa. Tiene un ojo como Quasimodo. Sobre su horrenda giba lleva un cuerpo vivo. Lo arroja al suelo, salta a su alrededor, lo pisa, lo lanza al aire, lo recoge en su espalda, lo vuelve a arrojar, y danza en torno, y grita: ¡Lino! ¡Lino! Y el cuerpo se mueve, y le amarra un grillo al cuerpo, y lo empuja lejos, muy lejos, hondo, muy hondo, allá a la sima que llaman las canteras. ¡Lino! ¡Lino!, se aleja repitiendo. Y el cuerpo se alza, y el látigo vibra, y Lino trabaja. ¡Siempre el trabajo! Verdad que el espíritu es Dios mismo. ¡Y cuán descarriados van los pueblos cuando apalean a Dios!

* * *

¡Mirad! ¡Mirad!

Aquí viene riendo, riendo, una ancha boca negra. El siglo se apoya en él. La memoria plegó las alas en su cerebro y voló más allá. La crespa lana está ya blanca. Ríe, ríe.

—Mi amo, ¿por qué vivo?

—Mi amo, mi amo, ¡qué feo suena!

Y sacude el grillo.

Y ríe, ríe.

Y Dios llora.

Y ¡cuánto han de llorar los pueblos cuando hacen llorar a Dios!

* * *

¡Mirad! ¡Mirad!

Aquí viene la cantera. Es una mole inmensa. Muchos brazos con galones la empujan. Y rueda, rueda,

y a cada vuelta los ojos desesperados de una madre brillan en un disco negro, y desaparecen. Y los hombres de los brazos siguen riendo y empujando, y la masa rodando, y a cada vuelta un cuerpo se tritura, y un grillo choca, y una lágrima salta de la piedra y va a posarse en el cuello de los nombres que ríen, que empujan. Y los ojos brillan, y los huesos se rompen, y la lágrima pesa en el cuello, y la masa rueda. ¡Ay! Cuando la masa acabe de rodar, tan rudo cuerpo pesará sobre vuestra cabeza, que no la podréis alzar jamás. ¡Jamás!

* * *

En nombre de la compasión, en nombre de la honra, en nombre de Dios, detened la masa, detenedla, no sea que vuelva hacia vosotros y os arrastre con su hórrido peso. Detenedla, que va sembrando muchas lágrimas por la tierra, y las lágrimas de los mártires suben en vapores hasta el cielo y se condensan; y si no la detenéis, el cielo se desplomará sobre vosotros.

* * *

El cólera terrible, la cabeza nevada, la viruela espantosa, la ancha boca negra, la masa de piedra. Y todo, como el cadáver se destaca en el ataúd, como la tez blanca se destaca en la túnica negra, todo pasa envuelto en una atmósfera densa, extensa, sofocante, rojiza. ¡Sangre, siempre sangre!

¡Oh! ¡Mirad! ¡Mirad!

España no puede ser libre.

España tiene todavía mucha sangre en la frente.

* * *

Ahora, aprobad la conducta del Gobierno en
Ahora, padres de la patria, decid en nom
la patria que sancionáis la violencia más
de la moral y el olvido más completo de todo
miento de justicia.

Decidlo, sancionadlo, aprobadlo, si podéis.

Madrid, 1871.

LA REPÚBLICA ESPAÑOLA ANTE LA REVOLUCIÓN CUBANA

La gloria y el triunfo no son más que un estímulo al cumplimiento del deber. En la vida práctica de las ideas, el poder no es más que el respeto a todas las manifestaciones de la justicia, la voluntad firme ante todos los consejos de la crueldad o del orgullo. Y cuando el acatamiento a la justicia desaparece, y el cumplimiento del deber se desconoce, infamia envuelve el triunfo y la gloria, vida insensata y odiosa vive el poder.

Hombre de buena voluntad, saludo a la República que triunfa, la saludo hoy como la maldeciré mañana cuando una República ahogue a otra República, cuando un pueblo libre al fin comprima las libertades de otro pueblo, cuando una nación que se explica que lo es, subyugue y someta a otra nación que le

ha de probar que quiere serlo. Si la libertad de la tiranía es tremenda, la tiranía de la libertad repugna, estremece, espanta.

La libertad no puede ser fecunda para los pueblos que tienen la frente manchada de sangre. La República española abre eras de felicidad para su patria: cuide de limpiar su frente de todas las manchas que la nublan, que no se va tranquilo ni seguro por sendas de remordimientos y opresiones, por sendas que entorpezcan la violación más sencilla, la comprensión más pequeña del deseo popular.

No ha de ser respetada voluntad que comprime otra voluntad. Sobre el sufragio libre, sobre el sufragio consciente e instruído, sobre el espíritu que anima el cuerpo sacratísimo de los derechos, sobre el verbo engendrador de libertades álzase hoy la República española. ¿Podrá imponer jamás su voluntad a quien la exprese por medio del sufragio? ¿Podrá rechazar jamás la voluntad unánime de un pueblo, cuando por voluntad del pueblo, y libre y unánime voluntad se levanta?

No prejuzgo yo actos de la República española, ni entiendo yo que haya de ser la República tímida o cobarde. Pero sí le advierto que el acto está siempre propenso a la injusticia; si le recuerdo que la injusticia es la muerte del respeto ajeno; si le aviso que ser injusto es la necesidad de ser maldito; si la conjuro a que no infame nunca la conciencia universal de la honra, que no excluye por cierto la honra patria, pero que exige que la honra patria viva dentro de la honra universal.

Engendrado por las ideas republicanas, entendió el pueblo cubano que su honra andaba mal con el Gobierno que le negaba el derecho de tenerla. Y como no la tenía, y como sentía potente su necesidad, fué a buscarla en el sacrificio y el martirio, allí donde

han solido ir a encontrarla los republicanos españoles. Yo apartaría con ira mis ojos de los republicanos mezquinos y suicidas que negasen a aquel pueblo vejado, agarrotado, oprimido, esquilmado, vendido, el derecho de insurrección por tantas insurrecciones de la República española sancionado. Vendida estaba Cuba a la ambición de sus dominadores; vendida estaba a la explotación de sus tiranos. Así lo ha dicho muchas veces la República proclamada. De tiranos los ha acusado muchas veces la República triunfante. Ella me oye: ella me defienda.

La lucha ha sido para Cuba muerte de sus hijos más queridos; pérdida de su prosperidad que maldecía, porque era prosperidad esclava y deshonrada, porque el Gobierno le permitía la riqueza a trueque de la infamia, y Cuba quería su pobreza a trueque de aquella concesión maldita del Gobierno. ¡Pesar profundo por los que condenen la explosión de la honra del esclavo, la voluntad enérgica de Cuba!

Pidió, rogó, gimió, esperó. ¿Cómo ha de tener derecho a condenarla quien contestó a sus ruegos con la burla, con nuevas vejaciones a su esperanza?

Hable en buen hora el soberbio de la honra mancillada —tristes que no entienden que sólo hay honra en la satisfacción de la justicia—; defienda en buen hora el comerciante el venero de riqueza que escapa a su deseo; pretenda alguno en buen hora que no conviene a España la separación de las Antillas. Entiendo, al fin, que el amor de la mercancía turbe el espíritu; entiendo que la sin razón viva en el cerebro; entiendo que el orgullo desmedido condene lo que para sí mismo realza, y busca, y adquiere; pero no entiendo que haya cieno allí donde debe haber corazón.

Bendijeron los ricos cubanos su miseria; fecundóse el campo de la lucha con sangre de los mártires.

y España sabe que los vivos no se han espantado de los muertos, que la insurrección era consecuencia de una revolución, que la libertad había encontrado una patria más, que hubiera sido española si España hubiera querido, pero que era libre a pesar de la voluntad de España.

No ceden los insurrectos. Como la Península quemó a Sagunto, Cuba quemó a Bayamo; la lucha que Cuba quiso humanizar, sigue tremenda por la voluntad de España, que rechazó la humanización; cuatro años ha que sin demanda de tregua, sin señal de ceder en su empeño, piden, y la piden muriendo, como los republicanos españoles han pedido su libertad tantas veces, su independencia de la opresión, su libertad del honor. ¿Cómo ha de haber republicano honrado que se atreva a negar para un pueblo derecho que él usó para sí?

Mi patria escribe con sangre su resolución irrevocable. Sobre los cadáveres de sus hijos se alza a decir que desea firmemente su independencia. Y luchan, y mueren. Y mueren tanto los hijos de la Península como los hijos de mi patria. ¿No espantará a la República española saber que los españoles mueren por combatir a otros republicanos?

Ella ha querido que España respete su voluntad, que es la voluntad de los espíritus honrados; ella ha de respetar la voluntad cubana que quiere lo mismo que ella quiere, pero que lo quiere sola, porque sola ha estado para pedirlo, porque sola ha perdido sus hijos muy amados, porque nadie ha tenido el valor de defenderla, porque entiende a cuánto alcanza su vitalidad, porque sabe que una guerra llena de detalles espantosos ha de ser siempre lazo sangriento, porque no puede amar a los que la han tratado sin compasión, porque sobre cimientos de cadáveres recientes y de ruinas humeantes no se levantan edifi-

cios de cordialidad y de paz. No la invoquen los que la hollaron. No quieran paz sangrienta los que saben que lo ha de ser.

La República niega el derecho de conquista. Derecho de conquista hizo a Cuba de España.

La República condena a los que oprimen. Derecho de opresión y de explotación vergonzosa y de persecución encarnizada ha usado España perpetuamente sobre Cuba.

La República no puede, pues, retener lo que fué adquirido por un derecho que ella niega y conservado por una serie de violaciones de derecho que anatematiza.

La República se levanta en hombros del sufragio universal, de la voluntad unánime del pueblo.

Y Cuba se levanta así. Su plebiscito es su martirologio. Su sufragio es su revolución. ¿Cuándo expresa más firmemente un pueblo sus deseos que cuando se alza en armas para conseguirlos?

Y si Cuba proclama su independencia por el mismo derecho que se proclama la República, ¿cómo ha de negar la República a Cuba su derecho de ser libre, que es el mismo que ella usó para serlo? ¿Cómo ha de negarse a sí misma la República? ¿Cómo ha de disponer de la suerte de un pueblo imponiéndole una vida en la que no entra su completa y libre y evidentísima voluntad?

El presidente del Gobierno republicano ha dicho que si las Cortes Constituyentes no votaran la República, los republicanos abandonarían el poder, volverían a la oposición, acatarían la voluntad popular. ¿Cómo el que así da poder omnímodo a la voluntad de un pueblo, no ha de oír y respetar y acatar la voluntad de otro? Ante la República ha cesado ya el delito de ser cubano, aquel tremendo pecado ori-

ginal de mi patria amadísima de que sólo lavaba el bautismo de la degradación y de la infamia.

—¡Viva Cuba española!—dijo el que había de ser presidente de la Asamblea, y la Asamblea dijo con él: —Ellos, levantados al Poder por el sufragio, niegan el derecho de sufragio al instante de haber subido al Poder; maltrataron la razón y la justicia, maltrataron la gratitud los que dijeron, como el señor Martos. ¡No! En nombre de la libertad, en nombre del respeto a la voluntad ajena, en nombre de la voluntad soberana de los pueblos, en nombre del derecho, en nombre de la conciencia, en nombre de la República, ¡no! Viva Cuba española, si ella quiere, y si ella quiere, ¡viva Cuba libre!

Si Cuba ha decidido su emancipación; si ha querido siempre su emancipación para alzarse en República; si se arrojó a lograr sus derechos antes que España los lograse; si ha sabido sacrificarse por su libertad, ¿querrá la República española sujetar a la fuerza a aquella que el martirio ha erigido en República cubana? ¿Querrá la República dominar en ella contra su voluntad?

Mas dirán ahora que, puesto que España da a Cuba los derechos que pedía, su insurrección no tiene ya razón de existir.

No pienso sin amargura en este pobre argumento, y en verdad que de la dureza de mis razones habrá de culparse a aquellos que las provocan. España quiere ya hacer bien a Cuba. ¿Qué derecho tiene España para ser benéfica después de haber sido tan cruel? Y si es para recuperar su honra, ¿qué derecho tiene para hacerse pagar con la libertad de un pueblo, honra que no supo tener a tiempo, beneficios que el pueblo no le pide, porque ha sabido conquistárselos ya? ¿Cómo quiere que se acepte ahora lo que tantas veces no ha sabido dar? ¿Cómo ha de

consentir la revolución cubana que España conceda, como dueña, derechos que tanta sangre y tanto duelo ha costado a Cuba defender? España expía ahora terriblemente sus pecados coloniales, que en tal extremo la ponen que no tiene ya derecho a remediarlos. La ley de sus errores la condena a no aparecer bondadosa. Tendría derecho para serlo si hubiera evitado aquella inmensa, aquella innumerable serie de profundísimos males. Tendría para serlo, si hubiera sido siquiera humana en la prosecución de aquella guerra que ha hecho bárbara e impía.

Y yo olvido ahora que Cuba tiene formada la firme decisión de no pertenecer a España: pienso sólo en que Cuba no puede ya pertenecerle. La sima que dividía a España y Cuba se ha llenado, por la voluntad de España, de cadáveres. No vive sobre los cadáveres amor ni concordia; no merece perdón el que no supo perdonar. Cuba sabe que la República no viene vestida de muerte; pero no puede olvidar tantos días de cadalso y de dolor. España ha llegado tarde; la ley del tiempo la condena.

La República conoce cómo la separan de la isla sin ventura ancho espacio que llenan los muertos; la República oye, como yo, su voz aterradora; la República sabe que para conservar a Cuba, nuevos cadáveres se han de amontonar, sangre abundantísima se ha de verter; sabe que para subyugar, someter, violentar la voluntad de aquel pueblo, han de morir sus mismos hijos. ¿Y consentirá que mueran para lo que, si no fuera la muerte de la legalidad, sería el suicidio de su honra? ¡Espanto si lo consiente! ¡Míseros los que se atrevan a verter la sangre de los que piden las mismas libertades que pidieron ellos! ¡Míseros los que así abjuren de su derecho a la felicidad, al honor, a la consideración de los humanos!

Y se habla de integridad del territorio. El occéano

Atlántico destruye este ridículo argumento. A los que así abusan del patriotismo del pueblo; a los que así le arrastran y le engañan, manos enemigas pudieran señalarle un punto inglés, manos severas la Florida, manos necias la vasta Lusitania.

Y no constituye la tierra eso que llaman integridad de la patria. Patria es algo más que opresión, algo más que pedazos de terreno sin libertad y sin vida, algo más que derecho de posesión a la fuerza. Patria es comunidad de intereses, unidad de tradiciones, unidad de fines, fusión dulcísima y consoladora de amores y esperanzas.

Y no viven los cubanos como los peninsulares viven; no es la historia de los cubanos la historia de los peninsulares; lo que para España fué gloria inmarcesible, España misma ha querido que sea para ellos desgracia profundísima. De distinto comercio se alimentan, con distintos países se relacionan, con opuestas costumbres se regocijan. No hay entre ellos aspiraciones comunes ni fines idénticos, ni recuerdos amados que los unan. El espíritu cubano piensa con amargura en las tristezas que le ha traído el espíritu español; lucha vigorosamente contra la dominación de España. Y si faltan, pues, todas las comunidades, todas las identidades que hacen la patria íntegra, se invoca un fantasma que no ha de responder, se invoca una mentira engañadora cuando se invoca la integridad de la patria. Los pueblos no se unen sino con lazos de fraternidad y amor.

Si España no ha querido ser nunca hermana de Cuba, ¿con qué razón ha de pretender ahora que Cuba sea su hermana? Sujetar a Cuba a la nación española sería ejercer sobre ella un derecho de conquista hoy más que nunca vejatorio y repugnante. La República no puede ejercerlo sin atraer sobre su cabeza culpable la execración de los pueblos honrados.

Muchas veces pidió Cuba a España los derechos que hoy le querrá España conceder. Y si muchas veces se negó España a otorgarlos, a otorgar los que ella tenía, ¿cómo ha de atreverse a extrañar que Cuba se niegue a su vez a aceptar como don tardío, honor que ha comprado con la sangre más generosa de sus hijos, honor que busca hoy todavía con una voluntad inquebrantable y una firmeza que nadie ha de romper?

Por distintas necesidades apremiados, dotados de opuestísimos caracteres, rodeados de distintos países, hondamente divididos por crueldades pasadas, sin razón para amar a la Península, sin voluntad alguna en Cuba para pertenecer a ella, excitado por los dolores que sobre Cuba ha acumulado España, ¿no es locura pretender que se fundan en uno dos pueblos por naturaleza, por costumbres, por necesidades, por tradiciones, por falta de amor separados, unidos sólo por recuerdos de luto y de dolor?

Dicen que la separación de Cuba sería el fraccionamiento de la patria. Fuéralo así si la patria fuese esa idea egoísta y sórdida de dominación y de avaricia. Pero, aun siéndolo, la conservación de Cuba para España contra su más explícita y poderosa voluntad, que siempre es poderosa la voluntad de un pueblo que lucha por su independencia, sería el fraccionamiento de la honra de la patria que invocan. Imponerse es de tiranos. Oprimir es de infames. No querrá nunca la República española ser tiránica y cobarde. No ha de sacrificar así el bien patrio a que tras tantas dificultades llega noblemente. No ha de manchar así honor que tanto le cuesta.

Si la lucha unánime y persistente de Cuba demuestra su deseo firmísimo de conseguir su emancipación; si son de amargura y de dolor los recuerdos que la unen a España; si cree que paga cara la so-

noridad de la lengua española con las vidas ilustres que España le ha hecho perder, ¿querrá esta España nueva, regenerada España, que se llama República española, envolverse en la mengua de una más que toda injusta, impía, irracional opresión? Tal error sería este, que espero que no obrará jamás obra tan llena de miseria.

Y en Cuba hay 400.000 negros esclavos, para los que, antes que España, decretaron los revolucionarios libertad—y hay negros bozales de diez años, y niños de once, y ancianos venerables de ochenta, y negros idiotas de cien, en los presidios políticos del Gobierno—, y son azotados por las calles, y mutilados por los golpes, y viven muriendo así. Y en Cuba fusilan a los sospechosos y a los comisionados del Gobierno, y a las mujeres, y las violan, y las arrastran, y sufren muerte instantánea los que pelean por la patria, y muerte lenta y sombría aquellos cuya muerte instantánea no se ha podido disculpar. Y hay jefes sentenciados a presidio por cebarse en cadáveres de insurrectos, y los ha habido indultados por presentar en la mesa partes de un cuerpo de insurrecto mutilado, y tantos horrores hay, que yo no los quiero recordar a la República, ni quiero decirle que los estorbe, que son tales y tan tremendos, que indicarle que los ha de corregir es atentar a su honor.

Pero esto demuestra cómo es ya imposible la unión de Cuba a España, si ha de ser unión fructífera, leal y cariñosa—como es necesaria resolución justa y patriótica—; que sólo obrando con razón perfecta se decide la suerte de los pueblos, y sólo obedeciendo estrictamente a la justicia se honra a la patria, desfigurada por los soberbios, envilecida por los ambiciosos, menguada por los necios, y por sus hechos en Cuba tan poco merecedora de fortuna.

Cuba reclama la independencia a que tiene dere-

cho por la vida propia que sabe que posee, por la enérgica constancia de sus hijos, por la riqueza de su territorio, por la natural independencia de éste, y más que por todo, y esta razón está sobre todas las razones, porque así es la voluntad firme y unánime del pueblo cubano.

Si la conservación de Cuba para España ha de ser, y no podrá conservarse sino siéndolo, olvido de la razón, violaciones del derecho, imposición de la voluntad, mancilla de la honra, indigno será quien quiera conservar la riqueza cubana a tanta costa; indigno será quien deje pensar a las naciones que sacrifica su honra a la riqueza.

Hoy que la virtud es sólo el cumplimiento del deber, no ya su exageración heroica, no consienta su mengua la República; sepa cimentar sobre justicia sabia y generosa su Gobierno; no rija a un pueblo contra su voluntad—ella que hace emanar de la voluntad del pueblo todos los poderes—; no luche contra sí misma; no se infame, no tema, no se plegue a exigencias de soberbia ridícula, ni de orgullo exagerado, ni de disfrazadas ambiciones; reconozca, puesto que el derecho y la necesidad, y las Repúblicas y la alteza de la idea republicana la reconocen, la independencia de Cuba; firme así su dominación sobre esta que, no siendo más que la consecuencia legítima de sus principios, el cumplimiento estricto de la justicia, será, sin embargo, la más inmarcesible de las glorias. Harto tiempo han oprimido a España la indecisión y los temores; tenga, al fin, España el valor de ser gloriosa.

¿Temerá el Gobierno de la República que el pueblo no respete esta levantada solución? Esto sería confesar que el pueblo español no es republicano.

¿No se atreverá a persuadir al pueblo de que esto es lo que le impone su honor verdadero? Esto signi-

ficaría que prefiere el Poder a la satisfacción de la conciencia.

¿No pensará como pienso el Gobierno republicano? Esto querría decir que la República española ni acata la voluntad del pueblo soberano, ni ha llegado a entender el ideal de la República.

No pienso yo que cederá al temor. Pero si cediera, esta enajenación de su derecho sería la señal primera de la pérdida de todos.

Si no obra como yo entiendo que debe obrar, porque no entiende como yo, esto significa que tiene en más las reminiscencias de sus errores pasados que la extensión, sublime por lo ilimitada y por lo pura, de las nuevas ideas; que turban aún su espíritu orgullo irracional por glorias harto dolorosas, deseo de retener cosas que no debió poseer jamás, porque nunca las supo poseer.

Y si como yo piensa; si encuentra resistencia; si la desafía, aunque no premiase su esfuerzo la victoria; si acepta la independencia de Cuba—porque sus hijos declaran que sólo por la fuerza pertenecerán a España, y la República no puede usar del derecho de la fuerza para oprimir a la República—, no pierde nada, porque Cuba está ya perdida para España; no arranca nada al territorio, porque Cuba se ha arrancado ya; cumple en su legítima pureza el ideal republicano; decreta su vida, como si no la acepta, decretará su suicidio; confirma sus libertades, que no ha de merecer gozarlas quien niega la libertad de gobernarse a un pueblo que ha sabido ser libre; evita el derramamiento de sangre republicana, y será, si no lo evitase, opresora y fratricida; reconoce que pierde, y la pérdida ha tenido lugar ya, la posesión de un pueblo que no quiere pertenecer a ella, que ha demostrado que no necesita para vivir en gloria y en firmeza su protección ni su Gobierno; y trueca, en

fin, por la sanción de un derecho, trueca, evitando el derramamiento de una sangre virgen y preciosa, un territorio que ha perdido, por el respeto de los hombres, por la admiración de los pueblos, por la gloria inefable y eterna de los tiempos que vendrán.

Si el ideal republicano es el universo; si él cree que ha de vivir al fin como un solo pueblo, como una provincia de Dios, ¿qué derecho tiene la República española para arrebatar la vida a los que van adonde ella quiere ir? Será más que injusta, será más que cruel, será infame arrancarle sangre de su cuerpo al cuerpo de la nacionalidad universal. Ante el derecho del mundo, ¿qué es el derecho de España? Ante la divinidad futura, ¿qué son el deseo violento de dominio, qué son derechos adquiridos por conquista y ensangrentados con nunca interrumpida, siempre santificada, opresión?

Cuba quiere ser libre. Así lo escribe, con privaciones sin cuento, con sangre para la República preciosa, porque es sangre joven, heroica y americana. Cobarde ha de ser quien por temor no satisfaga la necesidad de su conciencia. Fratricida ha de ser la República que ahogue a la República.

Cuba quiere ser libre. Y como los pueblos de la América del Sur la lograron de los Gobiernos reaccionarios, y España la logró de los franceses, e Italia de Austria, y México de la ambición napoleónica, y los Estados Unidos de Inglaterra, y todos los pueblos la han logrado de sus opresores, Cuba, por ley de su voluntad irrevocable, por ley de necesidad histórica, ha de lograr su independencia.

Y se dirá que la República no será ya opresora de Cuba, y yo sé que tal vez no lo será; pero Cuba ha llegado antes que España a la República. ¿Cómo ha de aceptar de quien en son de dueño se lo otorga,

República que ha ido a buscar al campo de los libres y los mártires?

No se infame la República española, no detenga su ideal triunfante, no asesine a sus hermanos, no vierta la sangre de sus hijos sobre sus otros hijos, no se oponga a la independencia de Cuba. Que la República de España sería entonces República de sin razón y de ignominia, y el Gobierno de la libertad sería esta vez Gobierno liberticida.

Madrid, 15 de febrero de 1873.

LA GUERRA [1]

(Lectura en "Steck Hall")

El deber debe cumplirse sencilla y naturalmente. No a un torneo literario, donde justen el trabajado

(1) El tono especial de las lecturas a que ésta había de acomodarse, requerido además por el levantado patriotismo de la emigración a quien el lector se dirigía, pudiera hacer creer a algunos espíritus prácticos que la exaltación ocupa en estas páginas el lugar del raciocinio. Corría el riesgo el lector de parecer a unos sobrado fogoso, y a otros escaso de fuego. Salven los de ánima fría aquello que no pareció mal, sin embargo, a los de altivo corazón, y hallarán tal vez en estas breves consideraciones, apuntadas al correr de la pluma, algún motivo de serios pensamientos. Falta aún mucho que decir; y será dicho, puesto que decir es un modo de hacer. Gracias, en tanto, a los que oyeron esta lectura con tan vivo amor, y a los que se empeñan en darla profusamente a luz.—*J. M.*

pensamiento y la cuidada frase; no a recoger el premio de pasados y presentes dolores, que por ser menos graves que los que otros sufrieron, más que enorgullecerme me avergüenzan; no a hacer destemplada gala de entusiasmo y consecuencias personales vengo, sino a animar con la buena nueva la fe de los creyentes; a exaltar con el seguro raciocinio la vacilante energía de los que dudan; a despertar con voces de amor a los que, perezosos o cansados, duermen; a llamar al honor severamente a los que han desertado su bandera. Y no cuido del aliño de mi obra, breve y raquítica muestra de la que intento en beneficio de la patria, porque no tiene derecho a los refinamientos de la calma un lenguaje que no ha sabido conquistar aún para su pueblo la calma honrada y libre; ni debe el buen guerrero, en la hora del combate, curar de su belleza, sino ofrecer el pecho ancho, como escudo del patrio pabellón, a las espadas enemigas, por más que este enemigo a quien ahora combatimos luche, más que con espadas, con puñales.

A despecho de los tímidos, que gustan de achacar a una fatalidad inexorable los sucesos que en gran parte de su timidez dependen; sin lograr, ni de los que los oyen, ni de sí mismos, ser creídos; a despecho de los agoreros que, para librar del naufragio los flotantes restos, anuncian con palabra calurosa la derrota de todos aquellos esfuerzos que, con una existencia definida y propia, trajeran, para establecerla *mejor*, la *alteración momentánea* de la riqueza establecida; a despecho de humanas vanidades que, sin modo de excusar su pereza, se duelen de ver que la actividad viril de los demás les echa su censurable calma en rostro; a despecho, en fin, de los que se alzaron sobre el pavés de la revolución, no para afianzarlo o mantenerlo puro, sino para impedir que sus

verdaderos mantenedores lo libraran de su mancilla pasajera; a despecho de todos, y con aplauso y admiración de muchos, los cansados se fortalecen; las armas oxidadas salen de las hendiduras donde sus dueños prudentes las dejaron, en el olvido no, sino en reposo; las pasiones humanas producen, excitadas de nuevo, sus naturales resultados; y aquella década magnífica, llena de épicos arranques y necesarios extravíos, renace con sus héroes, con sus hombres desnudos, con sus mujeres admirables, con sus astutos campesinos, con sus semilas secretas, con sus expedicionarios valerosos. Ya las armas están probadas, y lo inútil se desecha, y lo aprovechable se utiliza. Ya no se perderá el tiempo en ensayar: se empleará en vencer. Los hijos de los bosques saben ya el árbol que cura, el que alimenta y el que ampara. Las aves en las cuevas han aumentado sus depósitos. La orilla en que se fracasó se esquiva. Para los corceles hay nueva hierba. Para sus jinetes, nuevos frutos. Ya se conocen los peligros, y se desdeñan o se evitan. Ya se ve venir a los estorbos. Ya fructifican nuestras miserias, que los errores son una utilísima semilla. Ya ha ceaado la infancia candorosa para abrir paso a la juventud fuerte y enérgica. La intuición se ha convertido ya en inteligencia: los niños de la revolución se han hecho hombres.

¡Ni era posible que muriesen, de tan oscura muerte, tales hombres y sucesos tales! ¡Ni había de dejar de ser cierto, por la primera vez sobre la tierra, que una vez gozada la libertad no se puede ya vivir sin ella! Las mejillas tenían que enardecerse con el calor de los pasados combates; los guerreros tenían que preguntarse: ¿dónde están mis armas?; las esposas se habían habituado al sublime dolor de ver partir cada día para la muerte a sus maridos; los hijos, acostumbrados al lenguaje vigoroso de los pa-

dres, habían de mirar con desprecio cómo sus padres acataban lo que en el campo escarnecían, y enseñaban a sus hijos a que escarneciesen; las almas nuevas, venidas al mundo al resplandor de las batallas, vigorizadas con el aire de los campamentos, habían de rebelarse contra la bochornosa e hipócrita existencia de las poblaciones sometidas. La manada de cebras rebeldes no podía convertirse en rebaño de mansas ovejas. ¿Y mis hijos?—se dirían las madres. ¿Y mi esposo?—se diría la viuda. ¿Y mi amigo?—se diría el amigo. ¿Y mi desventurada compañera?—se diría el que cavó la tierra con sus manos y echó en el hueco frío el cuerpo de su amada, o con los pies desnudos y el pecho lleno de sollozos, cruzó llorando por montes y por ríos con el cadáver a la espalda. Allá, en aquellos campos, ¿qué árbol no ha sido una horca? ¿Qué casa no llora un muerto? ¿Qué caballo no ha perdido a su jinete? ¡Y pacen ahora, en busca de jinetes nuevos!

Tales recuerdos no podían morir, ni en las víctimas lastimadas, ni en los héroes enorgullecidos, ni en los que para admirarlos abrieron los ojos. No podían morir, aun cuando los héroes y las víctimas muriesen, porque las tempestades que se apartan por miedo de los ojos del tirano se concentran y se preñan de ira en el silencio del hogar. El hijo odiará lo que odió el padre. El hambre pasa; del cansancio se vuelve; la traición llega a ser conocida. Los que en comunidad vivieron, si por pasajero temor se huyen, por invencible solicitud, para disculparse unos a otros, para enorgullecerse de la pasada gloria y ponerla enfrente, como excusa, de la actual miseria; para devorar reunidos nuevas y comunes afrentas, en comunidad vuelven a vivir. Y los muertos entonces cobran forma. El que sepultó a su mujer quiere volver a llorar sobre la abandonada sepultura. El pa-

dre no se decide a que su hijo se avergüence de él. El esposo perdido reconviene en las sombras a la esposa. Todos los ojos se llenan de lágrimas. Se cuentan las virtudes de los muertos. Como oscura venganza se recuerda su modo de morir, y la crueldad del matador. Y, exaltados y fieros, se dicen que aquel día triunfaron, que aquella acción fué acción de gloria, que estos dueños se sentaron ante ellos en el banquillo de los reos. Y flota sobre la comunidad aire de pólvora. Y los azotes se oyen fuera. Y el azotador toca a las puertas. Y en las espaldas flageladas nacen alas. ¡Los que lo anduvieron una vez, no olvidan el camino de la gloria! La dignidad, los terribles recuerdos y la cólera lavaron la culpa de la flaqueza y del engaño. Y entrándose en tropel por donde iban la utilidad y la razón, a par de ellas levantan, luchando a la vez por el bienestar y por la honra, el estandarte de la guerra nueva.

Los que no vivieron de ese heroico modo; los que, desde el fondo de sus calabozos, desde los buques que los llevaban al destierro, desde los tristes hogares, donde se cumplían silenciosamente terribles deberes, no compartieron aquella vida nómada y brillante, llena en la baja tierra, como el alto cielo, de nubes y estrellas; los que no han investigado con celo minucioso aquella pasmosa y súbita eminencia de un pueblo, poco antes apareotemente vil, donde se hizo perdurable la hazaña, fiesta el hambre, común lo extraordinario; los que, con bizantinas aficiones, o con teóricos instintos, o con serviles hábitos, aceptaron la grandiosa guerra, como sabroso halago a una vanidad ofendida sin tasa por el áspero dueño, o como imprudente perturbación a un sueño blando, con la cual era útil sin embargo, por lo que pueden los pueblos coléricos, parecer en el día del probable triunfo, acreditado amigo; los que

con los ojos empañados por la atmósfera espesa de las ciudades españolas, ofuscan con el temor su inteligencia, y el hermoso amor a los que padecen con el amor exagerado de sí propios, leerán atónitos este para ellos cuadro extraño, donde, con ser tan reales las figuras y tan vivos los poderosos elementos, no se refleja en un solo punto su urbana y financiera manera de pensar, y hierven sobresaltos, y brillan heroísmos, y olean y se encrespan pasiones que no fueron nunca datos para sus raquíticos problemas.

Pero vosotros, emigrados buenos, sufridores de hoy, triunfadores de mañana; vosotros que bautizáis a vuestros hijos con el nombre de nuestros héroes más queridos, de nuestros mártires, de nuestros inválidos; que habéis probado vuestra fe donde la prueban los amigos leales, en el abandono y en la desventura; que habéis preferido la labor modesta, llena de fuerza digna, al placer de levantar casa sobre los cadáveres calientes, sin más cimiento que la palabra movediza de un adversario inepto y alevoso; vosotros que no creéis en la prosperidad de una tierra donde sobre la generación presente han caído desatadas las culpas de las generaciones anteriores, y no hay interés en la hacienda, ni recuerdo en la memoria, ni aspiración escondida que, aun en los más débiles e hipócritas, no batalle radical y esencialmente con los intentos e intereses de aquellos con quienes se pretende una imposible y perniciosa concordia; vosotros que sentáis a vuestra mesa a los gloriosos mutilados, a los veteranos de la independencia, mal avenidos con la inútil paz; que al calor de la extranjera estufa oísteis, rodeados de los atentos hijos, cuentos de victorias y derrotas, y llorasteis con los afligidos narradores nobles lágrimas; que habéis entrado en el práctico sentir que, con el

quilate mayor de las desgracias, despierta en los trabajadores este pueblo utilitario y reflexivo; que en presencia de este pasmoso desenvolvimiento, y con la memoria de aquella vida mísera, no veis salud para el espíritu, ni porvenir para la tierra, fuera de aquella solución, beneficiosa a la par que gloriosa, que por ancha y nueva vía política lleve a la rica patria a la dueñez completa de sí misma, y al íntimo contacto, jamás por nuestros dueños consentido, con los pueblos hacia los que tradiciones viejas, intereses presentes, simpatías irresistibles y supremas afinidades económicas nos conducen; vosotros que resolvéis con cuerdo sentido—que no todo ha de ser sombrío problema—las inquietudes de la dignidad, sin cuyo franco y osado ejercicio a nadie se impone amor ni respeto, a par de las solicitudes del bienestar material, objeto imprescindible, aunque no objeto principal, de la existencia; vosotros los ricos, que habéis tenido el enérgico valor de despreciar vuestra riqueza y de haceros, bajo un techo decoroso y sin que el látigo os alcance, otra riqueza nueva; vosotros los pobres, que con la sagrada alegría de los creyentes, y con esa serena *intuición* de lo que es bueno, no oscurecida por vanidades ni intereses, amasteis en sus horas de agonía a la santa idea enferma, con tierna y melancólica lealtad; vosotros habéis sentido palpitar en torno vuestro a esos guerreros impacientes, a esos engañados rencorosos, a esas madres que ya no sonríen, a esos varones que no saben llorar, porque han aprendido que las fuerzas que se pierden en lágrimas hacen falta después para el ardimiento y empuje de la sangre; vosotros mismos sois esa comunidad que se levanta; entre vosotros andan los arrepentidos; en vuestros ojos se ve relampaguear brillo de aceros.

En hora buena os nieguen existencia cierta; en

buena hora crean que nosotros y nuestros amigos, y yo mismo, somos, no cuerpos vivos y reales, sino fantasmas vagabundos, fatídicas apariciones, malévolos espíritus parleros, nacidos a turbar la calma plácida de los bienaventurados palaciegos. Sea, señores, norabuena que los presuntuosos imaginen que un pueblo que ha vivido largos años en el espectáculo incesante de su excepcional grandeza, y en el ejercicio, a menudo organizado, de su libertad, pueda venir de súbito sin provecho alguno para la hacienda, sin garantía alguna para la vida, olvidando de una vez sus fieros hábitos, a vivir en voluntaria servidumbre, para complacencia de los tibios y para la gloria y el provecho de un enemigo cruel e incorregible. Extravío tamaño de las humanas facultades y dirección tan irracional de las pasiones indómitas, podrán ser, en cónclave de augures, motivo de consuelo para los acomodaticios pensadores, penetrados de pánico y alarma, sin que, a lo que yo entiendo, y de lo que yo os respondo, sientan en la callada soledad surgir en su ánima la galvánica energía que con la fiebre del temor escriben. Suele así el miedo, natural consecuencia de la culpa, animar con calor enfermizo las mejillas.

Pero si creen los engañados que para privar de real existencia a lo que existe basta, a modo de niños temerosos, cerrar los ojos de manera de no verlo, y negar, porque a los nuestros no se alza, que a los ojos abiertos tenga vida; los que aquí nos congregamos, y los que fuera de este recinto nos ayudan por la obra unida de la reflexión y el entusiasmo; por el propósito cuerdo de dirigir y amoldar a empeño franco, efervescencias que pudieran llegar a ser luego de difícil molde; por arraigada convicción de que la lucha presente acelera y define una situación propia y precisa, para llegar a la cual siempre

sería esta misma lucha imprescindible; por fundada creencia en la absoluta falta de elementos políticos en España, que pudieran—por inmediato, y en apariencia radical, que fuera el cambio que los actuales elementos sufriesen—asegurar a Cuba un porvenir político y económico tan cuerdo que calmase todas las impaciencias, tan amoroso que borrase todas las injurias, tan útil que no amenazase de próxima muerte nuestros únicos productores de riqueza; nosotros, los que aquí nos congregamos, por raciocinio estricto, por riguroso examen, por entusiasmo que sube de punto y fortaleza cuando no lo inspira el odio ciego, sino la meditada convicción, creemos y sabemos que esta guerra ha brotado de sus naturales elementos, asombrando a los mismos que, con dolor agudo, pero con serenidad inconmovible, preparaban el país para un sacudimiento necesario, en el cual aceptan, vencedores o vencidos, toda la responsabilidad de quien, seguro de la rectitud de su espíritu, desdeña la pérdida de una popularidad cómoda, y arrostra con frente alta la censura de los que, con sus mismos deseos e impaciencias, aspiran sin duda alguna a aprovecharse de los beneficios de una victoria que no tienen el valor de preparar.

Creemos y sabemos que la naturaleza humana, mala por accidente y por esencia noble, una vez hecha al ejercicio de sus prerrogativas más honrosas, sólo las trueca o las declina por provechos a tal punto halagadores, que sean dignas de compensar el inefable placer que produce el dominio sensato de sí mismo. No cabe, por tanto, en la naturaleza humana, alimentada por los dolores que engendran el rencor, y por la ira que levanta en el ánimo del engañado el pesar de haber cedido a un engaño que no equilibra el bochorno que causa con la utilidad que reporta; no cabe, ciertamente, que todo lo que

satisface nuestros deseos está de acuerdo con nuestro raciocinio, nos enaltece a nuestros propios ojos, proporciona a los ofendidos venganza de la ofensa y facilita todas estas expansiones con el placer de la libertad, y con la influencia del hábito se trueque por una existencia sin esperanza de mejora en que los nuevos soles anuncian nuevas burlas, en que el temor de los enemigos desvanece toda esperanza de fructífera concordia, en que se agravan con males nuevos los recientes y terribles males, en que la dignidad vive ofendida, la vida amenazada, la riqueza cohibida o impedida, y las legítimas y habituales expansiones antes enérgicas y libres, sujetas a malévola censura y a una expresión deforme, traidora e incompleta. ¡Oh, no! No es hombre honrado el que desee para su pueblo una generación de hipócritas. Seamos honrados, cueste lo que cueste. Después seremos ricos. Sólo las virtudes producen en los pueblos un bienestar constante y serio.

Palpen unos con mano vacilante la senda áspera y larga, como esperando la hora del éxito para unirse al cortejo triunfal; vuelvan otros los ojos con cansancio, del espectáculo de una lucha, después de la cual lamentarán, en la hora del peligro—porque la libertad naciente ha de ofrecerlos—, no haber entrado a contribuir a una revolución cuyo alcance y empuje no serán luego bastante poderosos a contrastar, porque es ley que no exceda la cosecha del monto y calidad de la semilla; abandonen hoy con culpable tibieza lo que mañana, espantados tal vez de las consecuencias de su culpa, pretenderán asir en vano; afilen algunos con mano solícita, y alarguen al dueño, los aceros que han de clavarse en el pecho de los que mueren—¡oh terrible fortuna!—en defensa del bienestar y libertad de aquellos que los asesinan. A muchas generaciones de esclavos tiene

que suceder una generación de mártires. Tenemos que pagar con nuestros dolores la criminal riqueza de nuestros abuelos. Verteremos la sangre que hicimos verter. ¡Esta es la ley severa!

¡Oh! Y ¡cómo se cumple de nuevo en nuestros campos, testigos hoy como ayer de un mal inevitable, por cuanto de feroz, avara y opresora conserva aún, en castigo tal vez de extraordinarias culpas, la triste especie humana! De las flaquezas de los unos, nos consuelan bravuras de los otros. ¡Abnegadas mujeres! ¡Caliente vuestras mejillas el pudor; dé el trabajo vigor a vuestra sangre, y con ella calor a vuestros rostros; mas ya no los colore la vergüenza por la debilidad de vuestros hijos! No había muerto aquella pléyade brillante, que peleó con menos armas, y moría más hermosamente que pueblo alguno de la tierra. Los trabajos la fortalecen; el espíritu de los muertos pasa a alentar el alma de los vivos. Los viejos héroes, acostumbrados a la gloria, vuelven a buscarla. ¡Qué miserable vida la del que concibió un alto empeño y muere sin lograrlo! ¡Se sale de la tierra tan contento cuando se ha hecho una obra grande! Ya cabalgan de nuevo en la llanura los jinetes de hierro; ya resplandecen de nuevo aquellos rostros con el fulgor de la victoria; vuelven a ver el bosque en que triunfaron; sobre olvidadas cruces juran de nuevo un voto no olvidado; a recibir a sus hermanos surgen de las amigas selvas, mejores guardadoras de nuestro honor que las ciudades, familias beneméritas que habían continuado prefiriendo la soledad del monte a vergonzosa entrega; hombres fornidos, no capitulados, únense a las fuerzas salvadoras; regados con la sangre de los buenos, que no se vierte nunca en vano, cuajan los árboles amigos abundantes frutos; el alimento ocioso huelga; un expedicionario valeroso rompe un bote, con el que

pudiera poner la vida en salvo, porque—¡ah, brava frase!—"tenía ya ganas de pasar trabajos"; preguntáseie a otro si, como luchó en la pasada guerra, lucharía en la nueva, y dice simplemente: "Nosotros hicimos en 1868 un juramento; pero aquel juramento fué un contrato entre todos los que lo prestaron; los que han muerto lo han cumplido; los que vivimos no lo hemos cumplido todavía." ¿Y vencerán a un pueblo semejante? ¡No hubiera escarnio bastante vigoroso para echar encima de los culpables que lo dejasen perecer! No ha muerto la leyenda. Indómitos y fuertes, prepáranse sus hijos a repetir sin miedo, para acabar esta vez sin tacha las hazañas de aquellos hombres bravos y magníficos que se alimentaron con raíces; que del cinto de sus enemigos arrancaron las armas del combate; que con armas de árbol empezaron una campaña que duró diez años; que domaban por la mañana los caballos en que batallaban por la tarde.

* * *

Ese es un hecho; contra conjuros, veleidades y anatemas; contra la traición de los unos, la fatiga de los otros y la persecución de nuestros dueños, la guerra ruge en Cuba. Un mal no existe nunca sin causa verdadera. Busca la naturaleza el placer, que por sí mismo se mantiene; pero huye todo daño, a menos que invencibles causas no la obliguen a él. Jamás tuvo un suceso suma mayor ni más alborotada de enemigos. Los que de mal grado habíamos resignado, sin conciencia de la grandiosa obra que empeñaban, a la pérdida pasajera del esplendor de su fortuna, imaginando equivocadamente que haciendo acto de contrición volverán a disfrutarla, han hecho el acto. Los que empujados más allá tal vez de don-

de pudieron ir, no entraron en este duelo a muerte con la mano bastante firme, con el objeto claro y definido, con el corazón dispuesto a todos los reveses, descansan sobre las ruinas de sí propios, en espera de que no habrá más convencidos, ni tenaces, ni inteligentes luchadores que lleven a puerto la nave en que ellos zozobraron. Los que capaces de aspiraciones sin cuento y enamorados de la fácil gloria, dejaron morir a sus defensores para profanarlos luego alzándose sobre ellos, a enarbolar con mano fratricida el estandarte enemigo de aquel sobre cuyos mártires se alzaban, vieron con ojos hostiles a los legítimos propietarios y a los valientes herederos de una victoria que usurparon en un momento de confusión y de vergüenza, pero que no puede pertenecerles, porque no han tenido virtudes suficientes para conquistarla. Ni ha de permitir un pueblo que lo guíen los que desconocen sus verdaderos elementos, ignoran en absoluto el objeto real y la vía útil del país en que nacieron, y en lugar de remover con mano fuerte, a fin de conocerlas y encauzarlas, las entrañas hirvientes del volcán, a riesgo de morir en ellas abrasados, pretenden evitar la erupción sentándose en la cima, como si en las horas de fuego y de la lava fuera bastante a evitar el estrago tan pequeño estorbo; como si, cuando la mejor y mayor parte de un pueblo se levanta, y de las tres comarcas de una tierra, dos mueren por un intento, y la otra la admira, pudiera ser el esfuerzo sofocado por la algazara descompuesta de un grupo que sólo ha sabido señalar su nombre a merced de conscientes engaños, de mantener promesas que sabía que no habían de ser cumplidas, y de escarnecer y sonrojar a la revolución originaria de su poder ficticio, a la madre gloriosa a quien habían debido la existencia.

Pues, ¿cómo siendo la debilidad de los nuestros

tan útil elemento para nuestros perpetuos enemigos; como, mordida por tan airados adversarios, esa guerra surge, y se propaga, y se fortalece, y comienza a nombrar sus autoridades civiles, y prepara mayores esfuerzos de más activo orden, sin que hayan bastado los cañoneros enemigos, ni la pueril excomunión de los que tiemblan bajo sus disfraces de pontífices, a cubrir de tal modo las aguas de los mares, que no se deslizasen sobre ellas las naves llevadoras de bélicos recursos?

¡Ah! Es que este hecho lamentable es un hecho necesario. Es que lo que teme confusamente la parte del país que influyó menos, en el pasado conflicto, en sus destinos, lo desea de nuevo y lo somete a la suerte de las armas, la parte del país que influyó más. Es que no hay en las Villas, ni hay en Oriente, un solo hombre señalado por su importancia y su energía que no comparta en este instante con los que combaten angustias y proezas, o purgue el delito de haberlos compartido, en el fondo de los mares, o en castigo merecido por sus vacilaciones no haya sido encerrado en los castillos, o roa airado su culpa camino del destierro.

¡Ah! Es que ya se han cansado nuestras frentes de que se tome sobre ellas la medida de los yugos, aunque hay frentes que no se cansan de esto nunca. Es que el hacha cortante sólo se aparta de nuestras cabezas con el golpe de otra hacha. Es que en los campos de batalla, en las prolongadas prisiones, en nuestra peregrinación por pueblos libres, hemos acostumbrado los pulmones a un aire que necesitamos respirar. Es que los pueblos que han sido muy criminales necesitan, para ser felices, lavar con alta grandeza sus pasados crímenes. Es que tenemos el sentido de nuestros destinos y obramos con él. Es que cuando ya nos ahoga, se hace preciso cortar el

lazo que no sabe aflojarse a tiempo. Es que los que batallaron con el enemigo dentro de la Isla, y con la miseria, otro enemigo, fuera de ella, han conquistado el derecho y contraído la necesidad de respirar en tierra propia un aire honrado. Es que el aire que a otros asfixia, a nosotros nos avigora. Es que no nos resignamos a vivir sin patria. Es que somos bastante numerosos para contrastar a los que emplean su tiempo en ofenderla. Es que hemos meditado, y comparado, y dado tiempo a los prudentes para que nos probasen su capacidad para la victoria; y la meditación, y el estruendoso fracaso, han confirmado la decisión del entusiasmo.

Esta no es sólo la revolución de la cólera. Es la revolución de la reflexión. Es la conversión prudente a un objeto útil y honroso, de elementos inextinguibles, inquietos y activos que, de ser desatendidos, nos llevarían de seguro a grave desasosiego permanente y a soluciones cuajadas de amenazas. Es la única vía por que podemos atender a tiempo a intereses que están a punto de morir, que son nuestro único elemento de prosperidad económica, y que nada tienen que esperar de intereses absolutamente contrarios. Y en este instante en que los mares amenazan de uno y otro lado del Continente salirse de quicio, para llevar sobre su espalda corva y móvil a los pueblos amarillos la artística riqueza de los pueblos blancos; en este punto de la historia humana en que por faena que pasma parece que la tierra se va abriendo a una era de comunión y de mayor ventura, estamos en gravísimo riesgo los cubanos de perder para siempre el más cómodo, sencillo y provechoso medio de levantar la maltratada patria a inesperada altura de fuerza y de opulencia. Porque ésta, que se mira por algunos como una época de transición y de perturbaciones trabajosas para Cuba,

es para ella un instante irreparable y decisivo, en el que, de no removerla enérgicamente, perderemos con la única mermada y amenazada riqueza que nos resta, la posesión natural y probable de uno de los más cuantiosos veneros de la fortuna que el comercio en este tiempo ofrece. Y estos problemas, por los que, como por todos los reales y premiosos, pasamos casi siempre sin volver a ellos los ojos, entorpecidos a fuerza de mirar cadalso y yugo, montan un poco más que esos estrechos propósitos, aspiraciones imperfectas e insinuaciones tímidas con que individual y dislocadamente lucha hoy la falseada e insegura representación cubana en las Cortes españolas. Y con ser el intento tan menguado, helos ahí, fusteados y vencidos, mirados como a extraños y no tan castigados como egregios varones que en otro tiempo fueron, porque, con alguna excepción meritoria, no han tenido ni el esforzado ánimo, ni la viril palabra, ni el seguro juicio que tuvieron ellos.

Debe hacerse en cada momento lo que en cada momento es necesario. No debe perderse el tiempo en intentar lo que hay fundamento harto para creer que no ha de ser logrado. Aplazar no es nunca decidir, sobre todo cuando ya ni palpitantes memorias, ni laboriosos rencores, ni materiales y cercanas catástrofes permiten nuevo plazo. Adivinar es un deber de los que pretenden dirigir. Para ir adelante de los demás se necesita ver más que ellos.

Los pueblos no saben vivir en esa acomodaticia incertidumbre de los que, al amparo de las ventajas de la prudencia, no sienten en el abrigado hogar las tempestades de los campos, ni el adormecido corazón el real clamor de un país lapidado y engañado.

Ignoran los déspotas que el pueblo, la masa dolorida, es el verdadero jefe de las revoluciones, y acarician a aquella masa brillante que, por parecer

inteligente, parece la influyente y directora. Y dirige, en verdad, con dirección necesaria y útil, en tanto que obedece, en tanto que se inspira en los deseos enérgicos de los que con fe ciega y confianza generosa pusieron en sus manos su destino. Pero en cuanto, por propia debilidad, desoyen la encomienda de su pueblo y, asustados de su obra, la detienen; cuando aquellos a quienes tuvo y eligió por buenos, con su pequeñez lo empequeñecen, y con su vacilación lo arrastran, sacúdese el país altivo el peso de los hombros, y continúa impaciente su camino, dejando atrás a los que no tuvieron bastante valor para seguir con él. La política oportunista, como ahora se llama, pretendiendo erigir en especial escuela lo que no es más que el predominio del buen sentido en la gestión de los negocios públicos; la política oportunista, que no consiste en esperar ciegamente y a pesar de todo, sino en no impacientarse cuando hay derecho a tener esperanza, no puede ser el loco empeño de fingirlas allí donde no hay razón alguna que las alimente o autorice. La libertad cuesta muy cara, y es necesario, o resignarse a vivir sin ella, o decidirse a comprarla por su precio.

De los elementos vibrantes y variados que palpitan en Cuba; de la impotencia para el bien, y de la incapacidad para el gobierno de la política española; de los hábitos contraídos en la larga campaña, no equilibrados por posteriores beneficios y favorecidos por nuevas ofensas; de la costumbre de batallar que agita a unos, de la costumbre de ser libres que inquieta a otros; de la vergüenza de haber contribuido al general desdoro; de la ausencia absoluta de los caudales recelosos en la más necesitada y considerable porción de la Isla; de la abundancia irreflexiva y traidora de promesas, que hacia sentir luego en mayor grado el engaño; de la miseria sin

esperanza que a todos aflige; del patriótico ardor que encendía a todos, alimentado por tan varias causas, la revolución había de surgir, a despecho de los que no sentían tan vivamente estos punzantes males; había de surgir desatentada y fiera, como explosión de cólera y renacimiento tempestuoso de aspiraciones varias e iracundas, que no necesitaban de previo acuerdo para lanzarse a la batalla. Y como así había de surgir, y no había en el Gobierno español prudencia para evitarla, ni fuerza para contenerla; ni en la política española había caminos, cualesquiera que fueran sus accidentes, para dominarla, aprovechando el cansancio de muchos, por urgentes y numerosas reparaciones; como la propaganda, estrecha y desoída, de platónicos teorizantes, ni iba más allá de los en ella interesados, ni ofrecía digno alimento a las pasiones, ni consolaba con su energía, ni aliviaba a los males con su empeño, ni convencía con su raciocinio, en esta conflagración de hirvientes elementos, en este amontonamiento de la ira, en este apresto incontrastable de los menesterosos y de los batalladores, fué por todo concepto necesario, como única obra inmediata y oportuna, dirigir y hacer entrar en borde una revolución inevitable, pues entregada a sí misma nos hubiera llevado a graves riesgos en su desbordamiento torrentoso. Cuando un mal es preciso, el mal se hace. Y cuando nada basta ya a evitarlo, lo oportuno es estudiarlo y dirigirlo, para que no nos abrume y precipite con su exceso. De manera que cuando no hubieran el valor y el decoro y el sentimiento del honor, leyes primeras de la vida, producido la actual revolución—y ellas solas habían de ser fuerza bastante a producirla—, un motivo vulgar de conveniencia y un raciocinio lógico y cerrado, llevaban a vigorizar y dar matiz y forma a un movimiento que no era posible ya impedir. Y por

esto—como las mismas razones, fortalecidas por sucesos nuevos y por los cuerdos esperados, militan ahora—es ahora lo único oportuno auxiliar con energía a una revolución que por sí propia toma cuerpo, y por la crueldad y la torpeza de sus enemigos. Y por esto, con desdeñoso olvido de simpatías que no han menester, y con el aplauso en junto de la razón y del decoro satisfechos, se enorgullecen de su obra los que alentaron con toda su energía y auxilian con todas sus fuerzas la actual revolución.

Era natural aquella lamentable diferencia entre los sometidos de siempre y los rebeldes de siempre; era natural, dado lo raro de la grandeza y lo poco común del divino amor al sacrificio, que pensaran de distinta manera los que durante los diez años habían vivido peleando, y los que habían vivido los diez años en las poblaciones españolas. Los que por indiferencia o por flaqueza no habían tomado parte en la revolución, hallaron en la paz inesperada un pretexto con que justificar su retraimiento. Y se asieron a él, con la tenacidad con que se asen los que unen a la vanidad la inteligencia, espoleada por el miedo.

Era natural la división. No había ocupado de igual modo la revolución todo el territorio de la Isla. Vieron los pueblos del extremo más occidental, aquella década, no bajo la forma de guerra activa y de derecho conquistado, sino bajo la de persecuciones, muertes en patíbulos, lento martirio en los presidios, con todo el cortejo de increíbles crueldades, de cuya remembranza no han menester para esforzar sus argumentos los hombres pensadores. En el oriente y centro de la Isla, y en buena parte de occidente, los niños nacieron, las mujeres se casaron, los hombres vivieron y murieron, los criminales fueron castigados, y erigidos pueblos enteros, y respetadas las autori-

dades, y desarrolladas y premiadas las virtudes, y producidos especiales defectos, y pasados largos años, al tenor de leyes propias, bajo techo de guano discutidas, con savia de los árboles escritas y sobre hojas de malta perpetuadas; al tenor de leyes generosas, que crearon estado, que se erigieron en costumbres, que fueron dictadas en analogía con la naturaleza de los hombres libres, y que, en su imperfecta forma y en su incompleta aplicación, dieron, sin embargo, en tierra con todo lo existente, y despertaron en una gran parte de la Isla aficiones, creencias, sentimientos, derechos y hábitos para la comarca occidental absolutamente desconocidos.

En tanto, en occidente—descartando desde ahora de una vez por todas de estas consideraciones, la suma grande de habitantes de los pueblos, que fué antes y continúa siendo hoy, fiel a la patria—la revolución ejercía distinta influencia en las ciudades y en los campos. Luego que fué segado en flor lo más bello y mejor de nuestras eras, pasados los primeros años de guerra, arrepentidos volvieron, o por rara fortuna o tristes artes se salvaron buena suma de pacíficos cubanos. De los que merecieron el honor de ser encarnizadamente perseguidos, porción valiosísima conserva su varonil manera de sentir, y callada u ostensiblemente, en Cuba o en la emigración, cumple con su deber y honra a la patria.

En cuanto a los que en Cuba permanecieron, ¡qué rubor no debió haber encendido las mejillas de aquellos hombres valerosos, porque es menester más valor para sufrir la befa de los déspotas que para arrostrar su empuje en el combate! ¡Qué silbos por las calles! ¡Qué terror, cuando, entre báquicos desórdenes, catan gotas de sangre en la arteza de vino de los cuerpos de guardia! ¡Qué humillaciones, qué bochornoso contacto, qué codeos! A los antiguos há-

bitos de siervos hubieron de unir para salvar la vida y proteger el acrecimiento del caudal diarias y vergonzosas confesiones, afables sonrisas, servicios reales a los que no han permitido jamás un carácter severo ni una protesta digna al alcance de sus ojos. No hablo yo de aquellos mártires escasos que a cumplir melancólicos deberes sacrificaron vehementes aficiones; mas si de los que vivieron de brazo con los elementos españoles, y les sirvieron en sus oficinas, y escribieron en sus periódicos, y se alistaron en sus filas, y engastaron en la luctuosa cinta de hule los colores a cuya sombra se disparaban en aquel instante las balas que echaban por tierra a Ignacio Agramonte y a Carlos Manuel de Céspedes. ¡Yo no sé si serán esos mismos hombres los que intentan oponerse aún a la manifestación de nuestras honradas voluntades!

Tósigo fué aquel que entró demasiado bien en sus venas para que hayan podido echarlo fuera de ellas todavía. Para esta infortunada porción de los cubanos, por la difícil comunicación, por el miedo que mutuamente se inspiraban y por el celo que los españoles ponían en ocultarla, la heroica existencia de los revolucionarios era, a modo de sueño y de leyenda, lejana maravilla. No tuvieron hijos bajo chozas fabricadas por sus manos, estallando el rayo arriba, y en torno los fusiles. No anduvieron desnudos por los campos. No aplaudieron a oradores que hablaban a la vez con la lengua y con el rifle. No hicieron por la noche la pólvora con que por la mañana habían de saludar valientemente al día. No sufrieron los dolores de Job. No los inflamaron los héroes con sus alientos. Los caballos que arrebataron del seno enemigo a un soldado que cumplía entonces con su deber, no pasaron, con carrera fantástica, a sus ojos. Ni prepararon ni conocieron ni sintieron

la revolución. Y los que la amaban, sin entrar en sus problemas, ni estimar su fuerza, ni ver su alcance, por lo que han podido ser luego fácilmente crédulos; los que llevaron breve luto, pero luto al menos, por su aparente muerte, no estaban preparados a resistir la palabra ávida de los que en la cómoda hora dieron suelta a aficiones políticas y a odios, si bien disimulados, no por eso, y tal vez más por eso, difícil y tumultuosamente contenidos.

Las seducciones de la riqueza y los disfraces que la inteligencia proporciona a una voluntad capaz de usarlos no pervertían fuera del recinto de las poblaciones occidentales el puro sentido de los vigilados campesinos. Persecuciones severísimas habían echado lejos a cuanto había en aquellos campos de bravo, inteligente y bueno. Escrupuloso era el registro de conciencias. La memoria había de ser más fiel allí donde el dolor había sido más vivo. Por eso, cuando no ha mucho peregrinaron por pueblos y campiñas cercanas a la Habana, los oradores del grupo político que ha convertido hoy en cuestión de finanzas azucareras todas las graves cuestiones de la Isla, no una vez sola saltaron los machetes en las vainas, y a calurosas peroraciones de español sentido, con promesa abundante de reformas, de que las Cortes de España están dando en estos instantes buena cuenta, respondieron los fieros montunos con vivas entusiastas, no a la patria liberal, sino a la patria libre.

Consumada la tregua de febrero, por causas más individuales que generales, en no escasa parte ya desaparecidas, y que a engaños y a celos se debieron más que a cansancio y flojedad de los cubanos, ¿cómo habían de sentir del mismo modo, traídos a la existencia en común con tan diversos precedentes, dos pueblos de tan distinta manera preparados? Sen-

sible fué apenas el cambio para los habitantes de la comarca occidental, y si en algo lo sintieron, con la mayor seguridad de la producción, fué en beneficio suyo: radical fué el cambio y absoluto en el centro y en el oriente de la Isla. Los unos, de la ciudad esclava, quedaron en la ciudad esclava. Los otros, del campamento y de los bosques libres, vinieron a la esclavitud de la ciudad. Muchos la veían por primera vez; otros la amaron de distinta manera y como ahora la veían. Y cuando una voz inolvidable, porque hay gritos que resumen toda una época, dijo: "¿Y los muertos?", todos sintieron que su cabeza se rompía y se llevaron la mano al corazón.

Un secreto instinto, que va siempre delante de la reflexión, anunciaba al país que una paz tan misteriosamente concertada, tan inesperadamente hecha, y por unos y otros tan recelosamente recibida, no prestaba garantía alguna de durabilidad y solidez. En tanto que los que nunca desearon la guerra afectaban tener por decisiva una paz en que nadie creía, los provocadores y mantenedores de la lucha, asombrados de sí mismos, volvían a estimar la guerra necesaria y se preparaban para ella. Un sistema de infantiles libertades permitía en Occidente que patricios de todo punto inofensivos divirtiesen la atención del país en elementales entretenimientos políticos. Impotente el Gobierno para contener la viril actitud del extremo oriental, que sólo a fuerza de especiales halagos y a condición de libertades amplísimas cedió a la tregua, consentía a los hombres de Santiago el ejercicio de una libertad en cuyo empleo y propia dirección no estaban dispuestos a cejar. Los hombres de campo, como a las cédulas onerosas seguían las cédulas, y a los capitanes de partido, los capitanes de partido; y a la miseria heroica, deshonrosa miseria, y al hambre y a la libertad, co-

ronadas por una esperanza gloriosa, el hambre y la esclavitud sin esperanza, no animaron con sus labores aquella calma lúgubre, interrumpida sólo por la imprudente vuelta de alguna crédula familia que venía a sepultar en una tierra ingrata los ahorros de una laboriosa emigración, o por el ruido de los pasos de los vigilantes enemigos, que, seguros de la guerra nueva, porque conocían ya a los combatientes, estudiaban el campo de batalla y empleaban en prepararse para ella las sumas que recogían de los vencidos. No bien asomaba una cabeza, no bien se movía una lengua, no bien se erguía un hombre severo a pedir cuenta del violento engaño, sentábale el Gobierno a la mesa y clavaba en sus umbrales solícitos espías. Como una culpa castigaba en los campos sometidos los actos y palabras que en la ciudad aparentaba proteger. Del seno de las urnas profanadas surgieron nombres desconocidos o manchados, y se vió el espectáculo insolente de que una revolución que había estremecido durante diez años la tierra propia y asombrado a las extrañas, durmiera con un sueño tan profundo y se desvaneciera con rapidez tan increíble, que un instante después de su interrupción inesperada, unas elecciones que se suponían hechas por los revolucionarios sometidos no enviaran un solo representante al parlamento donde iban a decidirse sus destinos.

¡Ah! Es que el cielo no puede permitir que los tiranos sean más de una vez cuerdos; es que para ser bastante enérgicos necesitábamos ser todavía más engañados; es que las rivalidades personales, que dividen las fuerzas e inhabilitan para la victoria, si pudieron producir una tregua provechosa, porque lo es siempre todo lo que acarrea una lección, si eran bastantes a perturbar y contener por un

momento breve un empeño grandioso, no podían, sin embargo, sofocar las hermosas pasiones y los vitales impulsos que promovieron la guerra interrumpida.

Elecciones libres había garantizado el Gobierno de España, y falseaba las elecciones. Exoneración de tributos, y cobraba con mano recia los tributos. Libertad para los esclavos, y para que una ley indigna de perpetuación de la esclavitud fuese intentada por el Gobierno español, fué necesario que la revolución amenazante asomase de nuevo el brazo fiero, tan esperado y tan temido. Prosperidad para los campos fué ofrecida, y se empleaban en aprestos militares y en espías las sumas que a la riqueza pública se había prometido dedicar. Sedújose a los emigrados, anunciándoles que con sus bienes se les devolverían las rentas de ellos nacidas desde el instante en que la tregua fué firmada, y cuando alguno de los muy contados que volvieron, enemigos tenaces de todo nuevo movimiento armado, enviaron a un hombre cubierto de mancilla, y que por tanto priva, a suplicar humildemente que se cumpliese lo anunciado y se les entregasen las rentas, se negó el Gobierno a devolverlas, aunque con algún otro más afortunado lo hubiera hecho ya trabajosamente, so pretexto de que no había él de aprontar sumas que estaban destinadas a preparar la nueva revolución. Prometió el Gobierno que cesando la guerra cesarían las cargas por ella originadas, y, acabada la guerra, continuaron las cargas, y por ley del Parlamento continuarán ahora, a pesar de que había ya desaparecido la causa que se les daba por excusa. Y era, señores, que las cargas no podían desaparecer, ni la guerra había cesado en realidad, porque la cesación de un hecho sólo se determina por la cesación de las causas que lo produjeron; era que agravar las razones sin cuento que habían dado origen al primer conflicto, no

podía ser camino prudente para privar de razones al segundo; era que los que ofendían no podían suponer que el que sabía blandir un arma no la blandiese en venganza de la ofensa; era que los triunfadores conocían todo lo transitorio y casual de un triunfo; y era, en fin, que la conciencia de los déspotas suele ser más leal que el valor de los súbditos, y que los que habían medido sus armas con las nuestras sabían que nuestras armas están hechas con un hierro mejor templado que el hierro de Vizcaya.

Y allá en la sombra, de cuyas entrañas tenebrosas amenazaba, y amenaza todavía, nacer un monstruo, tan temido por algunos de sus honrados padres como por los que pudieran llegar a ser sus víctimas; allá, al chasquido del látigo, que todavía chasquea; al rumor de nuestros cañaverales, monótonos y melancólicos como los esclavos que los cuidan; al resplandor de hogueras numerosas, que más que un incendio anuncian una época, los oídos atentos escucharon un concierto de ira y de esperanza, que no oyeron tal vez los que sin ellas cuentan, aturdidos por el ruido de sus pasos en las escaleras del palacio de gobierno. Bueno es sentir venir la cólera.

Aquel soplo caliente, que había trocado en legiones de héroes las que antes fueron gala de la danza y regocijo y pasto de los vicios; aquel estruendo súbito de un pueblo estremecido que se levanta en una sola noche a la conciencia de sí propio; aquel fragor continuado y batallar sin tasa de hombres que llevaban todas las ideas generosas en la mente y todas las virtudes en el pecho; aquel alumbramiento espléndido, venido de haber bajado a punto la claridad a todas las conciencias, ¿habían dejado en sombra lóbrega a los esclavos de los ingenios?

Y las fugas parciales, que dejaban en los tímidos el conocimiento de la causa de la fuga, y esos anun-

ciadores misteriosos que vagan por los aires en horas de tormenta, y el temor de los amos revelado por la presencia de las tropas en las fincas, y los cuentos de los soldados, y los ecos de las poblaciones, y los rumores de los campamentos, y tanta promesa de redención y de ventura, ¿no habrían sacudido rudamente el alma lacerada de los esclavos infelices? A todo cegarán los tristes presos, menos a la ancha puerta que se abre para acelerar su libertad.

Mas, si todo esto hubiera acontecido sin dejar huella; si las llamaradas de los campos no hubieran calentado las mejillas de los esclavos, esos árboles animados en las fincas; si tan extraordinarios y prolongados sucesos hubieran podido pasar para ellos desapercibidos, no hubo cerca bastante espinosa, ni mayoral bastante intrépido para cerrar el paso a aquellas palabras de redención inmediata y completa, merced a las cuales debió en gran parte el Gobierno de España su triunfo ficticio. Ni hubo muros bastante espesos, ni dueños bastante avisados, para que los siervos amontonados sobre el terruño no oyesen las historias maravillosas que les contaban los siervos redimidos. Ni hubo manera de impedir que los que habían debido la libertad a su valor y a su constancia enseñaran el fácil camino a los que no habían podido todavía salir de la esclavitud. De noche, los narradores se deslizan favorecidos por las sombras. Y reunidos, admiran, meditan y deciden. Han decidido ser libres. Saben que es su derecho, y que hay una vía para lograrlo. Ven el ejemplo, y están dispuestos a seguirlo. Los más impacientes, con las armas. Los más sumisos, con otra arma no menos segura y terrible. Porque, cuando trocados en senos de llamas rojas los canutos de las cañas hierven, revientan y chispean; cuando se quiebran con ruido seco y sordo los tallos encendidos; cuando

bandadas de chispas, como mariposas de fuego recién salidas de la larva, van a anunciar a los que no han cumplido su promesa, que otros cumplieron ya el empeñado juramento; cuando se habla, como señal severa, con esta lengua asoladora, hay mayorales que han vuelto de los campos espantados, y dueños que han venido a la ciudad en alas de su espanto, a decir que entre los clamores del incendio y en la hora silenciosa de los cuartos, y en medio de las cañas, y en el día siguiente a la catástrofe, se oyen cantos severos y tenaces, y se perciben distintamente, al compás de una música más viva que aquella que los consolaba en otros tiempos, estas simples palabras, bondadosas y justas: "Libertad no viene; caña no hay".

Esa es la frase sobria de quien hará lo que promete; esa es la frase humilde de quien espera todavía; esa es la amenaza prudente de quien llegará a lo que se propone, cuando haya perdido ya toda esperanza de lograr su intento.

La periodicidad de esos incendios; su carácter constante de anuncio, por cuanto se limitan siempre a un breve espacio de la finca; su tenaz repetición, no interrumpida desde que comenzaron, y cada vez creciente; la seguridad, la impenetrabilidad de los medios que emplean para llevar a cabo su propósito, a nadie pueden dejar duda de que estos peligrosos percances responden a un deseo firme, silenciosamente formulado, que habla el lenguaje aterrador que le han enseñado nuestra crueldad y sus desgracias. Pero no haya miedo ahora, que la política cubana ha hallado una manera de atajar los incendios en las fincas; de convencer y suavizar a los esclavos; de detenerlos en esta vía temible. Y es un medio seguro, el único que han sabido concebir: la ley de abolición votada en Cortes. Y el Gobierno español

ha hallado también un medio de arrancar de cuajo el mal amenazante, de asentar sobre sólida base la calma de los campos, con aplauso de los políticos pacíficos; y es un medio no menos seguro que el de éstos: repletar los ingenios de soldados.

¡Oh! ¡Qué pobres pensadores los que creen que después de una conmoción tan honda y ruda como la que ha sufrido nuestro pueblo puedan ser bases duraderas para calmar su agitación el aplazamiento, la fuerza y el engaño! ¡Qué políticos son esos que intentan elevar a la categoría de soluciones que para ser salvadoras han de ser generales, y para ser aceptadas han de satisfacer al mayor número—aspiraciones acomodaticias sin precedente y sin probabilidad de éxito—; que creen que los problemas de un grupo de rezagados, de arrepentidos y de cándidos son los problemas del país; que en vez de poner la mano sobre las fibras reales de la patria, para sentirlas vibrar y gemir, cierran airados los oídos y se cubren espantados los ojos para no ver los problemas verdaderos, como si el débil poder de la voluntad egoísta fuera bastante a apartar de nuestras cabezas las nubes preñadas de rayos!

Cuando una aspiración es justa; cuando se la ha alimentado en silencio largo tiempo, y cuando sólo se expone una existencia miserable para lograrla, para evitar que triunfe una solución que sólo tendría de aceptable la razón que la había engendrado, es necesario favorecer y apresurar el logro del propósito justo. Y así tendremos derecho, como lo tenemos los que alentamos la revolución, a la gratitud de aquellos que podrían justamente mirarnos con odio. ¡No todos los ofendidos tienen pasiones e interés que les impidan el logro de su intento! Sobre el placer de dar lo justo, ¿por qué no procurarse la utilidad de haber evitado una catástrofe?

Se fingen miedos, por los sucesos de nuestro país ya desautorizado. Se pasean a los ojos de los timoratos lúgubres fantasmas. ¿Son acaso los hombres de color, los negros y los mulatos?—porque no debe hacerse misterio de un hombre como todos los demás natural y sencillo—. ¿Son acaso aquel rebaño manso que obedecía a la mano interesada del pastor, y al son de la elegíaca marimba, consuelo único, prohibido a las veces, esperada en calma la hora de una lejana redención? ¿Son acaso una cohorte sanguinaria, que habrá, con soplos huracánicos, de arrancar de raíz cuanto hoy sustenta el suelo de la patria? ¡Ah! Esto decían los españoles de los indios, tan ofendidos, tan flagelados, tan anhelosos como los negros de su inmediata emancipación; esta amenaza suspendían sobre las frágiles cabezas, cuando el aliento de Bolívar más grande que César, porque fué el César de la libertad, inflamaba los pueblos y los bosques y levantaba contra los dueños inclementes la orilla de los mares y el agua turbulenta de los ríos. Y la independencia de América se hizo. Y con la faz radiante, aunque con el pecho devorado por el cortejo de rencores y apetitos que dejó en lúgubre herencia la colonia, la tierra redimida se alzó como una virgen, pura aun después de su tremenda violación, a ceñir sobre la frente de los buenos la premiadora palma tinta en sangre. Pero los fatídicos anuncios no se realizaron; los indios no vinieron como torrentes desbordados de las selvas, ni cayeron sobre las ciudades, ni quemaron con sus plantas vengativas las hierbas de los campos, ni con huesos de blancos se empedraron los zaguanes de las casas solariegas. Ni una sola tentativa, ni un solo rugido de cólera turbaron la paz de los difíciles albores. De viejos males vinieron los males nuevos, que no de la venganza ni de la impaciencia de los indios. Y sea

dicho de paso, desde esta tierra donde la conquista llegó de rodillas, y se levantó de orar para poner la mano en el arado; sea dicho desde esta tierra de abolengo puritano, para descargo de las culpas que injustamente se echan encima de los pueblos de la América latina, que los monstruos que enturbian las aguas han de responder de sus revueltas ondas, no el mísero sediento que las bebe; que las culpas del esclavo caen íntegra y exclusivamente sobre el dueño. Que no es lo mismo abrir la tierra con la punta de la lanza que con la punta del arado.

Mas refrenando americanos ímpetus, volvamos a decir que ese temor de pavorosas luchas no es en los que pretenden ser su presa más que un modo pueril de retardar el cumplimiento de un deber. Los que se han acercado a los abismos y bajado a su fondo; los que han buscado las fuentes del mal para cegarlas a tiempo y han hallado en su camino leales auxiliares; los que vieron por sí propios los senos en que se elabora la tormenta, o se preparan los medios para conjurarla ni esperan locamente un bienestar inmediato y seguro, en cuanto a esta faz del problema cubano se refiere, ni abrigan el temor, disfraz de culpas, de hombres en su mayor parte sumisos, en corta porción inquietos, a cuya sola sospecha se sonrojan honrados negros y honrados mulatos.

No llevó el gobernador actual de la Isla más rasgo señalado, ni más original política que la vulgar y tenebrosa que consiste en concitar contra los blancos cubanos a los hombres de color. Los benévolos teorizantes de la Habana, ni acudieron a este mal, ni lo sospecharon tal vez, y al amparo de esta beatífica disposición comenzó el gobernante novel la traidora campaña. Pero había vigilantes en las sombras. Y caminaron por sobre sus pasos y delante de ellos. Concedía el jefe español grados, y doraba uniformes,

y traía a sus seides negros a palacio, y pagaba oradores, y mantenía un periódico, y como veneno por las venas, los derramaba por los clubs y por las casas a cantar las glorias del Gobierno de España, y a ofrecerles en su nombre una libertad que han tenido, aunque no era menester, ocasión clara y reciente de juzgar. Escudos invisibles pararon estos golpes alevosos, y dirigieron por fecunda vía a aquellas masas móviles y atentas. Por hombres de su raza conducidos, desoyeron por fortuna a los asalariados declamadores, y volviendo la espalda al grupo exiguo, harto bien pagado para que perdiese ocasión de empeñar lidia, aprendieron pronto que de los campos de batalla les había venido el mezquino bien de que gozaban, que al campo de batalla debían volver a ayudar a sus libertadores, y que aun cuando éstos fuesen vencidos, y el Gobierno español viniera a ser, por mágicas artes, prudente y generoso, a la terrible y legendaria década y a sus lecciones imponentes deberían todos los beneficios que gozasen.

¡Se necesita meditar tan poco para comprender que dos seres venidos a perpetua vecindad, vivirían mejor en paz necesaria, aunque entre algunos no cordial, que en perpetua y destructora riña! No sería cuerdo suponer que en pechos tan lacerados ha desaparecido ya toda amargura, e inspiramos a los que hemos oprimido una confianza no merecida aún en absoluto. Pero sería causar ofensa grave a la suma considerable de hombres de color cubanos, tan sentidores de lo noble y tan capaces de lo intelectual como nosotros, suponer en ellos intentos cavernosos, que con ánimo sereno serían, y han sido ya, los primeros en encauzar y contener. Cierto que huyen, y con sobrada causa, de los que los desdeñan o afectan temerlos para seguir aún, en una u otra forma, en el goce de más fácil riqueza; posible es—y bien

harían—que desdeñasen a su vez a los que buscan con no dignas lisonjas sus aplausos. Pero a los que han estudiado en sus hogares su capacidad para el sacrificio y la virtud; a los que han adivinado en sus corazones el perdón de todas las ofensas y el olvido de todas las injurias; a los que en horas de común angustia han sabido estrecharlos a su pecho; a los que han tenido amor bastante para afrontar a su lado sus problemas, y virilidad sobrada para unir al blando consejo el severo raciocinio en la represión de sus exaltaciones naturales, a estos los aman. Ellos saben que hemos sufrido tanto como ellos, y más que ellos; que el hombre ilustrado padece en la servidumbre política más que el hombre ignorante en la servidumbre de la hacienda; que el dolor es vivo a medida de las facultades del que ha de soportarlo; que ellos no hicieron una revolución por nuestra libertad, y que nosotros la hemos hecho, y la continuamos bravamente ahora, por nuestra libertad y por la suya. Y se cuenta la historia. Y se dice en las fincas, y se repite en las ciudades. Y no han de ser los hombres de color libertados infames que volvieran la mano loca contra sus esforzados libertadores. Al alborear nuestra redención, y antes de organizar los medios de conquistarla, organizamos —¡sublime hecho!—la suya. Grandes males hubo que lamentar en la pasada guerra. Apasionadas lecturas e inevitables inexperiencias trastornaron la mente y extraviaron la mano de los héroes. Pero como ante un sol vivo reverdece en los campos toda grieta, y truécanse en paisajes pintorescos los más hondos abismos, ante esta vindicación de los hombres ofendidos siéntense amorosos deseos de perdonar todos aquellos extravíos.

Sobre los campos sin cultivo; sobre el hervor perenne de los esclavos engañados, que hace ondular,

y ascender y descender, y forma y deforma nuestra vida, como la fuerza oculta de los terremotos, corriendo rápida e invisible por bajo la superficie de la tierra, la encorva y la amontona a su capricho; sobre la ira de los humillados, el clamor de los hambrientos y los aprestos amenazantes de los vencedores; sobre este número de causas, bastantes ya a producir la nueva guerra, otro airado elemento, por sí solo capaz de producirla, cansado del reposo, alzaba el brazo. Aquel pueblo de guerreros, ¿dónde había ido? Aquellos hombres avezados a la lucha, interesados en ella, deudores a ella de una fama y de una consideración de que antes de la guerra no gozaron; aquel grupo, más estimable, de espíritus bríosos y de juicio seguro, que ha consagrado su vida a la conquista de la independencia de la patria, por cuanto honor y razón se la aconsejan, y antes ha de dar rosas la ortiga, y una serpiente un huevo de águila, que tales hombres cejen en su empeño, sin cuidar grandemente del monto de concausas que favorecían el hábito de los unos y el indómito intento de los otros, bullían y elaboraban pertinaces y templaban de nuevo los aceros enmohecidos e inquietos en la vaina.

Los que intentan resolver un problema no pueden prescindir de ninguno de sus datos. Ni es posible dar solución a la honda revuelta de un país en que se mueven diversos factores, sin ponerlos de acuerdo de antemano, o hallar un resultado que concuerde con la aspiración y utilidad del mayor número.

Los que por engaño cedieron, dábanse prisa a reparar su yerro. Los que cedieron por esperanza de reponer su fortuna ven yermo el campo y agrietado el solar, sin que haya modo de reparar éste y fecundar el yermo. Los que se doblegaron por cansancio, empujados por el general desasosiego y por la pro-

pia indignación, no oponen en su mayor parte valla al nuevo torrente. Los bienaventurados que esperan, hallan sólo persecución de la justicia. Los que a España vuelven los ojos, ven cohortes de robustos astures y de fornidos vascos que vuelven triunfadores de las urnas. Y los que no se avienen a pisar la tierra de rodillas ni a recoger jirones de burlescas libertades como los canes recogen los mendrugos; los que prevén que con la ley prolongadora de la esclavitud harán los esclavos la guerra que no quieren hoy hacer buen número de blancos y se tendrán, sin resultados propios y definitivos, todos los males, y los mayores males, de la guerra; los que sentían crecer, y oían rugir, y querían traer a buen cauce, y han tenido la gloria de traerla, esta lucha sombría; los que—prescindiendo ya de toda noble causa de decoro, que a tantos habría de parecer antigualla importuna—conocen que hay una suma crecida de emigrados, que han echado sobre los vacilantes toda la vergüenza de la patria, y se ha traído al hogar todo su honor; los que no han visto volver a vivir bajo techumbres profanadas, sobre sepulturas abiertas sobre queridas ruinas; los que saben, porque han querido saberlo todo, que hay parte buena de hombres valerosos que ni por el pasado fracaso, ni porque fracaso nuevo le siguiera, han de salir de la vida sino con el empeño logrado, o con la última bala de su cinto; los que todo esto palpan o adivinan, creen un crimen desviar a la patria, con esperanzas fingidas, y teorías contrahechas, del camino a que el país se lanza inquieto, en busca de fortuna, cuando no tienen los desviadores garantía respetable ni vía ancha que ofrecer, en vez de aquellas que pretendieron cegar primero, y erizar de obstáculos después, cuando el primer intento fué imposible.

Así surgió la guerra; con estos elementos se man-

tiene; viene a la historia con un hermoso timbre, ya apuntado, y que no fuera prudente repetir. Cordura y cólera, razón y nambre, honor y reflexión la engendran. Esclavos que se adueñan de sí propios; ese dejo viviente de soldados que viene siempre después de las revoluciones; esa brillante y numerosa pléyade de hombres tenaces, hechos al rocío de la noche y al foguear y perseguir del día; esos vivos que firmaron con los muertos un contrato que los que viven no han cumplido todavía; y vosotras, mujeres entusiastas; vosotros, ricos del Camagüey, del Oriente y de las Villas, que educáis a vuestros hijos en la labor modesta y en el desdén de la riqueza infame; vosotros, artesanos habaneros, que apartáis de vuestros jornales el noble donativo, como anticipo que os ha de ser pagado con largueza por el sol de la patria honrada y libre, que calienta de bien distinto modo que aquel pálido sol de los esclavos; vosotros no sois fantasmas errabundos, ni maléficos conjuros, ni sueños de una mente visionaria, ni setas olvidadas que crecen melancólicamente en tierras frías. Sois un pueblo real e inolvidable, hecho al dolor y a la fatiga; que vive bajo la nieve, enamorado siempre de su sol; que tiene ya la frente demasiado alta, por el ejercicio de sí propio, para entrar en la patria violada por puertas estrechas.

¡Oh! ¡Qué terrible porvenir espera a nuestra patria, si todas las protestas pacíficas no se convierten en protestas útiles; si en vez de marchar, en poderoso acuerdo, con la rapidez de las cosas luminosas y la intimidad de las cosas fraternales, los hombres que pelean y los hombres que socorren, fuera don de muchos esa funesta creencia de que basta para librar de males a la patria enumerarlos removiendo el agradable fuego, o llorarlos femenilmente sobre la cabeza de nuestros hijos y sobre el seno de nues-

tras mujeres! Los grandes derechos no se compran con lágrimas, sino con sangre. Las piedras del Morro son sobrado fuertes para que las derritamos con lamentos. Y sobrado flojas para que resistan largo tiempo a nuestras balas. ¡Qué porvenir sombrío el de nuestra patria si abandonamos en su esfuerzo a los bravos que luchan y no nos congregamos para auxiliar, con la misma presteza y alientos con que se consagran ellos para combatir! ¡Qué adiós tan largo a la patria, perdida entonces, por nuestro crimen propio, para siempre! ¡Qué obra tan inútil aquella que hemos comenzado a realizar y que consiste en dar un cauce abierto a cóleras justas y terribles concitadas por su engaño cruel y por una ley osada contra nosotros y contra sí propios por nuestros enemigos! Y ¡cómo renacería tremendo este peligro, si fuera posible—que no ha de ser posible—que cesase la actual revolución! ¿Quién se atreve a esperar paz decisiva en una tierra donde todos los elementos están librando una mortal batalla, y los batalladores han adquirido ya los hábitos de combatir? Vagarán siempre por los campos familias miserables; los esclavos fugitivos, pobladores de las selvas, las llenarán de caseríos inaccesibles, y contraerán en ellas propios hábitos, que los alejarán mañana del comercial fragor de la ciudad, del cultivo afanoso de los campos y de toda tarea que no les sea urgente y exclusiva. ¡Brava manera de unir, concitar divisiones duraderas entre las necesidades y costumbres de los nacidos a partir el mismo pan! Ni cesarán jamás los combatientes aguerridos; ni los que de la guerra viven, mal inevitable, aflojarán en ella; ni los que viven consagrados a lograr la libertad definitiva de la patria y a concertar su suerte futura con su admirable casual colocación, los resultados de su historia y la vivaz inteligencia de sus hijos, cederán

jamás en la alta empresa, ni se desalentarán por fracasos repetidos, ni sancionarán con su presencia su ignominia, ni trocarán en incensario infame el puño de su espada. Que en este trueque, la punta de la espada queda vuelta contra el mismo que mueve el incensario.

Elementos permanentes producirán la guerra permanente. Digan los arrepentidos; digan los que caen en pecado gravísimo, para el que después no habrá suficiente penitencia, fingiéndose y alimentando esperanzas que osadamente, y brutalmente, les devuelve el enemigo con la punta de la lengua en el Parlamento, y con la punta del puñal en las haciendas y en los campos; digan qué dique, si no ese mismo que provoca contra sí la ira de las aguas, podrán oponer a los crecientes ríos; cómo calmarán el fiero empuje de una raza que expone sin temor en el combate todo lo que le es odioso, para lograr al fin lo que le es caro; cómo convencerán a tantas criaturas de que es honrada y amable una existencia inútilmente ignominiosa; con qué pruebas de reales libertades ahogarán las banderías armadas; qué castigo merecerán los que no aprovechen la ocasión de ennoblecerlas; digan cómo conmoverán en nuestros pechos este sentimiento altivo, hecho bueno con la severidad de la razón, que hoy tiene sacerdotes numerosos, y que aun cuando rodase en tierra, rota el ara, tendría siempre, enérgico y severo, al pie del ara rota, el sacerdote!

¿Qué esperan esos hombres que afectan esperar todavía algo de sus dueños? ¡Oh! Yo no he visto mejillas más abofeteadas; yo no he visto una ira más desafiada; yo no he visto una provocación más atrevida. A tal punto se les rechaza y se les aterra, que no han osado alzar en Cortes, por creerla, según confesión de ellos mismos, irrealizable sueño, esa pa-

labra culpable, disfraz de timideces y apetitos con que pretendieron distraer la atención y atar la voluntad de nuestro pueblo. ¿Qué afectan esperar, cuando con desdeñosa complacencia no perdonan sus dueños ocasión de repetirles que no cabe pedir allí donde se ha de tener por entendido que no hay nada ya que conceder? "No tiene España, en el orden político, nada ya que conceder ni nada que cumplir." ¿Creéis acaso que es mía esta palabra de desesperación, este lema de soledad y desconsuelo? ¿Creéis acaso que es augurio pesimista, imaginado al calor de exagerada exaltación patriótica? Pues es la última declaración hecha en las Cortes españolas por el ministro de Ultramar. España no tiene ya nada que conceder ni que cumplir. ¡Esperad ahora, mendigos!

Tiempo a mí, y fuerzas a vosotros, me falta ya para deciros todo lo que, deseoso de engañarme, mas confirmando cada día mi juicio, he observado en mi último destierro, que no es destierro este de ahora, que consiste en dejar de vivir en pueblo esclavo para venir a alentar en pueblo libre. Si tuviéramos tiempo, yo os diría—mas no a vosotros, que no merecéis que así os ofenda—; yo diría a los que no se cansan nunca de que la medida de los yugos sea tomada sobre su frente; a los que se forjan aún una esperanza, porque siempre la hay sobre la tierra; a los que pudieran fingir, como tabla que asoma en el naufragio, confianza alguna en venideros trastornos de la política española; yo diría sereno, enfrente del juicio que el que de todos lo ha de hacer, hiciera de mí un día; yo afirmaría—con la mano puesta sobre la cabeza rubia de mi hijo—que creo honrada y meditadamente, que no tienen esos perpetuos esperadores derecho alguno para fiar de la política probable, la salud de la patria que hoy les niega

la soberbia presente. Ni ¿cómo se ha de conceder lo que no se sabe aún de qué manera se ha de pedir? Ni ¿cómo han de triunfar diputados que han de estar perpetuamente en vejatoria minoría? Ni ¿cómo desarraigar la idea real de que abrir la puerta de las libertades a un pueblo rebelde es abrirle las de la victoria? Ni ¿cómo pedir que ahogue España en la Península industrias a que fía su subsistencia, por hacer merced a las industrias de un pueblo que sabe que dejará pronto de ser suyo?

¿Qué, son acaso los dueños blanda cera a los pueriles intentos maquiavélicos de aquellos hombres hábiles, que engendraron tantos hijos, y que no se han cansado aún de ser vencidos? ¿Qué, cabe que en las Cortes españolas sea votada una ley liberal de abolición, que los que afectan pedirla no han formulado todavía? ¿Qué, cabe que sea rápidamente hecho visible un acuerdo benévolo de los dueños, cuando los exiguos, abandonados y sedicientes diputados liberales de Cuba, huelgan huraños entre sí y contra los suyos, alimentando todos esperanzas diversas, y el más bravo esperanzas incompletas, y el más enérgico aspiraciones absolutamente distintas, y repletas de español sentido, de las que vergonzantemente profesan, sin osar sacarlas a luz sus desbandados compañeros?

Se están fundiendo aún, y no tienen bastante hierro todavía, los cañones que han de echar abajo el trono trémulo de España. Metal conservador entrará por mucho en el cuño de la futura moneda revolucionaria. Triunfarán los conservadores, cuando la revolución triunfe. Distinta será la forma, y se concederá un ápice más al pueblo hambriento; pero la esencia no cambiará, ni cesarán la ira y el hambre.

No ha de cambiar el tipo signalante de un pueblo terco, por dar placer al interés de aquellos contra

los que le movió siempre el desdén y le mueven desde hoy desdén y cólera; que el que fué siempre Gobierno de intereses, y por ellos subsiste, no ha de dejar de favorecerlos, ni atender especialmente a ellos, en tanto que gobierne.

Pero demos de mano a esas inútiles reflexiones, porque no somos nosotros los que las hemos menester; no somos nosotros los que exclusivamente hacemos cuestión de dineros, aquella que es cuestión primera de honra y vida, sin resolver la cual, ni nuestros hijos tendrán techo, ni nuestra existencia objeto, ni nuestros huesos caliente sepultura.

Nosotros no queremos resignarnos a tener siempre el corazón hinchado con las lágrimas, y el nudoso bordón siempre en la mano, y llenos los pies siempre de polvo del camino. Nosotros no queremos conformarnos a que nuestros nacientes pequeñuelos besen, en las horas de dolor, nuestras frentes pálidas, viviendo en una tierra donde hasta el rubor ha de ocultarse al ojo vigilante del tirano. Nosotros no podemos concebir que un pueblo que ha llenado los pueblos con sus hijos, y las llanuras con cadáveres, y con su sangre nobilísima los ríos, vaya atado hacia un Oriente en que se ha cansado ya de salir el sol, uncido a un carro informe y tosco, deshecho por la íntima batalla de los corceles impotentes que lo guían. ¡Para algo más nos hizo el cielo, que para sufrir intemperancias de corceles!

Nosotros hallaremos en todos los honrados corazones magnánima ayuda. Los equivocados se arrepentirán. Los fugitivos retornarán. Los más culpables lavarán, al fin, viniendo, la grave culpa de haber venido tarde. Volverán a cruzar naves amigas los mares que no ha mucho cruzaron con fortuna. Y no lucharán solos los jinetes que en este instante cabalgan por el llano, ni quedará sin asta la bande-

ra que manos valerosas pasean, saludada con triunfos, por campos no cansados todavía de recibir en su seno a muertos nobles; que abanderados tiénelos de sobra. Y tocaremos a cada puerta. Y pediremos limosna de pueblo en pueblo. Y nos la darán, porque la pediremos con honor. Y seremos vencidos, y tornaremos a vencer. Y darán en tierra con nuestro actual empeño, y con empeño nuevo cacremos sobre nuestra tierra. Y nos ganarán esta batalla, y habrá aún algún alma fuerte y fiera que quedará batallando todavía.

¡Oh, no, pueblo magnífico! No eres aún bastante grande para que estén perdonadas ya todas tus culpas; pero no eres ya bastante pequeño para ofender los manes de tus héroes. Ni las pasiones ruines son tu único alimento, ni tus hijos malos podrán más que tus hijos buenos, ni tus vicios más que tus virtudes, ni tu indignidad más que tu cólera, ni el maléfico genio de tu ruina más que tus vehementes necesidades; ni volverán a marchar por vía distinta el guerrero que lucha por la libertad, y el trabajador que le envía el arma. El pueblo de auxiliares acompañará con su constancia al pueblo de batalladores que lo admirará con su valor. Lo que de ti espera en estos mismos instantes tu enemigo, de ti, pueblo decoroso, lo tendrá. Llegue el valor del injuriado adonde llega el pánico visible del enemigo que lo injuria. ¡Qué facilidad vencer al débil! Y ¡qué larga caída, hacer para combatirlo menos de lo que el adversario espera de nosotros! ¡Oh, no, pueblo lloroso, que en tierra ajena educas a hombres y mujeres, que no tendrán mañana el consuelo de distraer con los objetos nobles de la vida las amarguras que acarrean sus exigencias! ¡Oh, no, pueblo de mártires, que has sabido en un día y en largos años, más meritorios que el calor de un día, alzar en nuestros

campos al esclavo con aquella misma mano enseñada a ofenderlo y castigarlo, y comprar con la propia labor en tierra extraña la cuna de sus hijos! ¡Oh, no, voces sonoras, antes gusto y regalo de salones, y hoy severo placer de las iglesias, en que a la vez entonan el himno del trabajo, el treno acongojado de la vida y el canto sollozante de la patria! ¡Oh, no, muertos ilustres, al calor de nuestra alma revividos, y en el fondo del pecho acariciados! ¡No durmáis todavía el sueño terrible de aquellos que han perdido ya toda esperanza! ¡No nos echéis aún sobre el rostro, con vuestras manos frías y descarnadas, la sangre que vertisteis por ingratos! ¡No os alcéis en la noche silenciosa, con vuestro cortejo de huesos deshonrados, a huir con ellos de un pueblo de mendigos, para darles extraña sepultura en un lugar más digno de abrigarlos! ¡Moveos y contentaos, muertos ilustres! ¡Antes que cejar en el empeño de hacer libre y próspera a la patria, se unirá el mar del Sur al mar del Norte, y nacerá una serpiente de un huevo de águila!

Nueva York, enero 24 de 1880.

MI RAZA

Esa de racista está siendo una palabra confusa y hay que ponerla en claro. El hombre no tiene ningún derecho especial porque pertenezca a una raza o a otra: dígase hombre, y ya se dicen todos los derechos. El negro, por negro, no es inferior ni superior a ninguno otro hombre; peca por redundante el blanco que dice: "Mi raza"; peca por redundante el negro que dice: "Mi raza". Todo lo que divide a los hombres, todo lo que especifica, aparta o acorrala es un pecado contra la Humanidad. ¿A qué blanco sensato le ocurre envanecerse de ser blanco, y qué piensan los negros del blanco que se envanece de serlo y cree que tiene derechos especiales por serlo? ¿Qué han de pensar los blancos del negro que se envanece de su color? Insistir en las divisiones de raza, en las diferencias de raza, de un pueblo naturalmente dividido, es dificultar la ventu-

ra pública y la individual, que están en el mayor acercamiento de los factores que han de vivir en común. Si se dice que en el negro no hay culpa aborigen ni virus que lo inhabilite para desenvolver toda su alma de hombre, se dice la verdad, y ha de decirse y demostrarse, porque la injusticia de este mundo es mucha, y la ignorancia de los mismos que pasa por sabiduría, y aun hay quien crea de buena fe al negro incapaz de la inteligencia y corazón del blanco; y si a esa defensa de la naturaleza se la llama racismo, no importa que se le llame así, porque no es más que decoro natural y voz que clama del pecho del hombre por la paz y la vida del país. Si se aleja de la condición de esclavitud, no acusa inferioridad en la raza esclava, puesto que los galos blancos, de ojos azules y cabellos de oro, se vendieron como siervos, con la argolla al cuello, en los mercados de Roma; eso es racismo bueno, porque es pura justicia y ayuda a quitar prejuicios al blanco ignorante. Pero ahí acaba el racismo justo, que es el derecho del negro a mantener y a probar que su color no le priva de ninguna de las capacidades y derechos de la especie humana.

El racista blanco que le cree a su raza derechos superiores, ¿qué derechos tiene para quejarse del racista negro que también le vea especialidad a su raza? El racista negro, que ve en la raza un carácter especial, ¿qué derecho tiene para quejarse del racista blanco? El hombre blanco que, por razón de su raza, se cree superior al hombre negro, admite la idea de la raza y autoriza y provoca al racista negro. El hombre negro que proclama su raza, cuando lo que acaso proclama únicamente en esta forma errónea es la identidad espiritual de todas las razas, autoriza y provoca al racista blanco. La paz

pide los derechos comunes de la naturaleza; los derechos diferenciales, contrarios a la naturaleza, son enemigos de la paz. El blanco que se aisla, aisla al negro. El negro que se aisla, provoca a aislarse al blanco.

En Cuba no hay temor alguno a la guerra de razas. Hombre es más que blanco, más que mulato, más que negro. Cubano es más que blanco, más que mulato, más que negro. En los campos de batalla murieron por Cuba, han subido juntas por los aires, las almas de los blancos y de los negros. En la vida diaria de defensa, de lealtad, de hermandad, de astucia, al lado de cada blanco hubo siempre un negro. Los negros, como los blancos, se dividen por sus caracteres, tímidos o valerosos, abnegados o egoístas, en los partidos diversos en que se agrupan los hombres. Los partidos políticos son agregados de preocupaciones, de aspiraciones, de intereses y de caracteres. Lo semejante esencial se busca y halla por sobre las diferencias de detalle; y lo fundamental de los caracteres análogos se funde en los partidos, aunque en lo incidental o en lo postergable ni móvil común difieran. Pero en suma, la semejanza de los caracteres, superior como factor de unión a las relaciones internas de un color de hombres graduado y en su grado a veces opuesto, decide e impera en la formación de los partidos. La afinidad de los caracteres es más poderosa entre los hombres que la afinidad del color. Los negros, distribuídos en las especialidades diversas u hostiles del espíritu humano, jamás se podrán ligar, ni desearán ligarse, contra el blanco, distribuído en las mismas especialidades. Los negros están demasiado cansados de la esclavitud para entrar voluntariamente en la esclavitud del color. Los hombres de pompa e interés se irán de un lado, blancos o

negros; y los hombres generosos y desinteresados se irán de otro. Los hombres verdaderos, negros o blancos, se tratarán con lealtad y ternura, por el gusto del mérito y el orgullo de todo lo que honre la tierra en que nacimos, negro o blanco. La palabra racista caerá de los labios de los negros que la usan hoy de buena fe, cuando entiendan que ella es el único argumento de apariencia válida y de validez en hombres sinceros y asustadizos, para negar al negro la plenitud de sus derechos de hombre. Dos racistas serían igualmente culpables: el racista blanco y el racista negro. Muchos blancos se han olvidado ya de su color y muchos negros. Juntos trabajan, blancos y negros, por el cultivo de la mente, por la propagación de la virtud, por el triunfo del trabajo creador y de la caridad sublime.

En Cuba no hay nunca guerra de razas. La República no se puede volver atrás; y la República, desde el día único de redención del negro en Cuba, desde la primera constitución de la independencia el 10 de abril en Guáimaro, no habló nunca de blancos ni de negros. Los derechos públicos, concedidos ya de pura astucia por el Gobierno español e iniciados en las costumbres antes de la independencia de la Isla, no podrán ya ser negados, ni por el español que los mantendrá mientras aliente en Cuba para seguir dividiendo al cubano negro del cubano blanco, ni por la independencia, que no podría negar en la libertad los derechos que el español reconoció en la servidumbre.

Y en lo demás, cada cual será libre en lo sagrado de la casa. El mérito, la prueba patente y continua de cultura, y el comercio inexorable acabarán de unir a los hombres. En Cuba hay mucha grandeza en negros y blancos.

CUBA Y LOS ESTADOS UNIDOS
VINDICACIÓN DE CUBA [1]

Señor Director de *The Evening Post*.

Señor:

Ruego a usted que me permita referirme en sus columnas a la ofensiva crítica de los cubanos publicada en *The Manufacturer*, de Filadelfia, y reproducida, con aprobación, en su número de ayer.

No es éste el momento de discutir el asunto de la anexión de Cuba. Es probable que ningún cubano que tenga en algo su decoro desee ver su país unido a otro donde los que gulan la opinión com-

---

(1) Traducido de la carta que publicó, bajo el título "Vindicación de Cuba", *The Evennig Post*, de New York, de 25 de marzo de 1889.

parten respecto a él las preocupaciones sólo excusables a la política fanfarrona o la desordenada ignorancia. Ningún cubano honrado se humillará hasta verse recibido como un apestado moral, por el mero valor de su tierra, en un pueblo que niega su capacidad, insulta su virtud y desprecia su carácter. Hay cubanos, que por móviles respetables, por una admiración ardiente al progreso y la libertad, por el presentimiento de sus propias fuerzas en mejores condiciones políticas, por el desdichado desconocimiento de la historia y tendencias de la anexión, desearían ver la isla ligada a los Estados Unidos. Pero los que han peleado en la guerra y han aprendido en los destierros; los que han levantado, con el trabajo de las manos y la mente, un hogar virtuoso en el corazón de un pueblo hostil; los que por su mérito reconocido como científicos y comerciantes, como empresarios e ingenieros, como maestros, abogados, artistas, periodistas, oradores y poetas, como hombres de inteligencia viva y actividad poco común, se ven honrados dondequiera que ha habido ocasión para desplegar sus cualidades y justicia para entenderlos; los que, con sus elementos menos preparados, fundaron una ciudad de trabajadores donde los Estados Unidos no tenían antes más que unas cuantas casuchas en un islote desierto, esos, más numerosos que los otros, no desean la anexión de Cuba a los Estados Unidos. No la necesitan. Admiran a esta nación como la más grande de cuantas erigió jamás la libertad; pero desconfían de los elementos funestos que, como gusanos en la sangre, han comenzado en esta República portentosa su obra de destrucción. Han hecho de los héroes de este país sus propios héroes, y anhelan el éxito definitivo de la Unión Norteamericana, como la gloria mayor de la Humanidad; pero no pueden

creer honradamente que el individualismo excesivo, la adoración de la riqueza y el júbilo prolongado de una victoria terrible estén preparando a los Estados Unidos para ser la nación típica de la libertad, donde no ha de haber opinión basada en el apetito inmoderado de poder, ni adquisición o triunfos contrarios a la bondad y a la justicia. Amamos a la patria de Lincoln tanto como tememos a la patria de Cutting.

No somos los cubanos ese pueblo de vagabundos míseros o pigmeos inmorales que a *The Manufacturer* le place describir; ni el país de inútiles verbosos, incapaces de acción, enemigos del trabajo recio, que, junto con los demás pueblos de la América española, suelen pintar viajeros soberbios y escritores. Hemos sufrido impacientes bajo la tiranía; hemos peleado como hombres y algunas veces como gigantes, para ser libres; estamos atravesando aquel período de reposo turbulento, lleno de gérmenes de revuelta, que sigue naturalmente a un período de acción excesiva y desgraciada; tenemos que batallar como vencidos contra un opresor que nos priva de medios de vivir y favorece, en la capital hermosa que visita el extranjero, en el interior del país, donde la presa se escapa de su garra, el imperio de una corrupción tal que llegue a envenenarnos en la sangre las fuerzas necesarias para conquistar la libertad. Merecemos en la hora de nuestro infortunio el respeto de los que no nos ayudaron cuando quisimos sacudirlo.

Pero porque nuestro Gobierno haya permitido sistemáticamente después de la guerra el triunfo de los criminales, la ocupación de la ciudad por la escoria del pueblo, la ostentación de riquezas mal habidas por una miriada de empleados españoles y sus cómplices cubanos, la conversión de la capital en una

casa de inmoralidad, donde el filósofo y el héroe viven sin pan junto al magnífico ladrón de la metrópoli; porque el honrado campesino, arruinado por una guerra en apariencia inútil, retorna en silencio al arado que supo a su hora cambiar por el machete; porque millares de desterrados, aprovechando una época de calma que ningún poder humano puede precipitar hasta que no se extinga por sí propia, practican, en la batalla de la vida en los pueblos libres el arte de gobernarse a sí mismos y de edificar una nación; porque nuestros mestizos y nuestros jóvenes de ciudad son generalmente de cuerpo delicado, locuaces y corteses, ocultando bajo el guante que pule el verso, la mano que derriba al enemigo, ¿se nos ha de llamar, como *The Manufacturer* nos llama, un pueblo "afeminado"? Esos jóvenes de ciudad y mestizos de poco cuerpo supieron levantarse en un día contra un Gobierno cruel, pagar su pasaje al sitio de guerra con el producto de su reloj y de sus dijes, vivir de su trabajo mientras retenía sus buques el país de los libres en el interés de los enemigos de la libertad, obedecer como soldados, dormir en el fango, comer raíces, pelear diez años sin paga, vencer al enemigo con una rama de árbol, morir—estos hombres de dieciocho años, estos herederos de casas poderosns, estos jovenzuelos de color de aceituna—de una muerte de la que nadie debe hablar sino con la cabeza descubierta; murieron como esos otros hombres nuestros que saben, de un golpe de machete, echar a volar una cabeza, o de una vuelta de la mano arrodillar a un toro. Estos cubanos "afeminados" tuvieron una vez valor bastante para llevar al brazo una semana, cara a cara de un Gobierno despótico, el luto de Lincoln.

Los cubanos, dice *The Manufacturer,* tienen "aversión a todo esfuerzo", "no se saben valer", "son pe-

rezosos". Estos "perezosos" que "no se saben valer" llegaron aquí hace veinte años con las manos vacías, salvo pocas excepciones; lucharon contra el clima; dominaron la lengua extranjera; vivieron de su trabajo honrado, algunos en holgura, unos cuantos ricos, rara vez en la miseria; gustaban del lujo y trabajaban para él; no se les veía con frecuencia en las sendas oscuras de la vida; independientes y bastándose a sí propios, no temían la competencia en actitudes ni en actividad; miles se han vuelto a morir en sus hogares; miles permanecen donde, en las durezas de la vida, han acabado por triunfar sin la ayuda del idioma amigo, la comunidad religiosa ni la simpatía de raza. Un puñado de trabajadores cubanos levantó a Cayo Hueso. Los cubanos se han señalado en Panamá por su mérito como artesanos en los oficios más nobles, como empleados, médicos y contratistas. Un cubano, Cisneros, ha contribuído poderosamente al adelanto de los ferrocarriles y la navegación de ríos de Colombia. Márquez, otro cubano, obtuvo, como muchos de sus compatriotas, el respeto del Perú como comerciante eminente. Por todas partes viven los cubanos, trabajando como campesinos, como ingenieros, como agrimensores, como artesanos, como maestros, como periodistas. En Filadelfia, *The Manufacturer* tiene ocasión diaria de ver a cien cubanos, algunos de ellos de historia heroica y cuerpo vigoroso, que viven de su trabajo en cómoda abundancia. En Nueva York, los cubanos son directores en Bancos prominentes, comerciantes prósperos, corredores conocidos, empleados de notorios talentos, médicos con clientela del país, ingenieros de reputación universal, electricistas, periodistas, dueños de establecimientos, artesanos. El poeta del Niágara es un cubano, nuestro Heredia. Un cubano, Menocal, es jefe de los inge-

nieros del canal de Nicaragua. En Filadelfia mismo, como en Nueva York, el primer premio de las Universidades ha sido, más de una vez, de los cubanos. Y las mujeres de estos "perezosos", "que no se saben valer", de estos enemigos de "todo esfuerzo", llegaron aquí recién venidas de una existencia suntuosa, en lo más crudo del invierno: sus maridos estaban en la guerra, arruinados, presos, muertos: la "señora" se puso a trabajar, la dueña de esclavos se convirtió en esclava, se sentó detrás de un mostrador, cantó en las iglesias, ribeteó ojales por cientos, cosió a jornal, rizó plumas de sombrerería, dió su corazón al deber, marchitó su cuerpo en el trabajo: ¡este es el pueblo "deficiente en moral"!

Estamos "incapacitados por la naturaleza y la experiencia para cumplir con las obligaciones de la ciudadanía de un país grande y libre". Esto no puede decirse en justicia de un pueblo que posee—junto con la energía que construyó el primer ferrocarril en los dominios españoles y estableció contra un Gobierno tiránico todos los recursos de la civilización—un conocimiento realmente notable del cuerpo político, una aptitud demostrada para adaptarse a sus formas superiores, y el poder, raro en las tierras del trópico, de robustecer su pensamiento y podar su lenguaje. La pasión por la libertad, el estudio serio de sus mejores enseñanzas, el desenvolvimiento del carácter individual en el destierro y en su propio país, las lecciones de diez años de guerra y de sus consecuencias múltiples y el ejercicio práctico de los deberes de la ciudadanía en los pueblos libres del mundo, han contribuído, a pesar de todos los antecedentes hostiles, a desarrollar en el cubano una aptitud para el gobierno libre, tan natural en él, que lo estableció, aun con exceso de prácticas, en medio de la guerra, luchó con sus mayores en el afán de

ver respetadas las leyes de la libertad, y arrebató el sable, sin consideración ni miedo, de las manos de todos los pretendientes militares, por gloriosos que fuesen. Parece que hay en la mente cubana una dichosa facultad de unir el sentido a la pasión, y la moderación a la exuberancia. Desde principios del siglo se han venido consagrando nobles maestros a explicar con su palabra, y practicar en su vida, la abnegación y tolerancia inseparables de la libertad. Los que hace diez años ganaban por mérito singular los primeros puestos en las Universidades europeas, han sido saludados, al aparecer en el Parlamento español, como hombres de sobrio pensamiento y de oratoria poderosa. Los conocimientos políticos del cubano común se comparan sin desventaja con los del ciudadano común de los Estados Unidos. La ausencia absoluta de intolerancia religiosa, el amor del hombre a la propiedad adquirida con el trabajo de sus manos, y la familiaridad en práctica y teoría con las leyes y procedimientos de la libertad, habituarán al cubano para reedificar su patria sobre las ruinas en que la recibirá de sus opresores. No es de esperar, para honra de la especie humana, que la nación que tuvo la libertad por cuna, y recibió durante tres siglos la mejor sangre de hombres libres, emplee el poder amasado de este modo para privar de su libertad a un vecino menos afortunado.

Acaba *The Manufacturer* diciendo "que nuestra falta de fuerza viril y de respeto propio está demostrada por la apatía con que nos hemos sometido durante tanto tiempo a la opresión española", y "nuestras mismas tentativas de rebelión han sido tan infelizmente ineficaces, que apenas se levantan un poco de la dignidad de una farsa". Nunca se ha desplegado ignorancia mayor de la historia y el carácter que en esta ligerísima aseveración. Es preciso re-

cordar, para no contestarla con amargura, que más de un americano derramó su sangre a nuestro lado en una guerra que otro americano había de llamar "una farsa". ¡Una farsa, la guerra que ha sido comparada por los observadores extranjeros a una epopeya, el alzamiento de todo un pueblo, el abandono voluntario de la riqueza, la abolición de la esclavitud en nuestro primer momento de la libertad, el incendio de nuestras ciudades con nuestras propias manos, la creación de pueblos y fábricas en los bosques vírgenes, el vestir a nuestras mujeres con los tejidos de los árboles, el tener a raya, en diez años de esa vida, a un adversario poderoso, que perdió doscientos mil hombres a manos de un pequeño ejército de patriotas, sin más ayuda que la naturaleza. Nosotros no teníamos hessianos ni franceses, ni Lafayette o Steuben, ni rivalidades de rey que nos ayudaran; nosotros no teníamos más que un vecino que "extendió los límites de su poder y obró contra la voluntad del pueblo" para favorecer a los enemigos de aquellos que peleaban por la misma carta de libertad en que él fundó su independencia; nosotros caímos víctimas de las mismas pasiones que hubieran causado la caída de los Trece Estados, a no haberlos unido el éxito, mientras que a nosotros nos debilitó la demora, no demora causada por la cobardía, sino por nuestro horror a la sangre, que en los primeros meses de la lucha permitió al enemigo tomar ventaja irreparable, y por una confianza infantil en la ayuda cierta de los Estados Unidos: "¡No han de vernos morir por la libertad a sus propias puertas sin alzar una mano o decir una palabra para dar un nuevo pueblo libre al mundo!" Extendieron "los límites de su poder en deferencia a España". No alzaron la mano. No dijeron la palabra.

La lucha no ha cesado. Los desterrados no quieren

volver. La nueva generación es digna de sus padres. Centenares de hombres han muerto después de la guerra en el misterio de las prisiones. Sólo con la vida cesará entre nosotros la batalla por la libertad. Y es la verdad triste que nuestros esfuerzos se habrían, en toda probabilidad, renovado con éxito, a no haber sido, en algunos de nosotros, por la esperanza poco viril de los anexionistas, de obtener libertad sin pagarla a su precio, y por el temor justo de otros de que nuestros muertos, nuestras memorias sagradas, nuestras ruinas empapadas en sangre, no vinieran a ser más que el abono del suelo para el crecimiento de una planta extranjera, o la ocasión de una burla para *The Manufacturer* de Filadelfia.

Soy de usted, señor director, servidor atento, *José Martí.*